7244

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

MISTERIOS DE LA CALLE DE TOLEDO,

DRAMA EN CINCO ACTOS, EN PROSA,

Morales

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y a moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo e
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la
Herencia de lágrim
Instintos de Alarco
Indicios vehemente
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chi
Lo mejor de los dad
Los dos sargentos es
Los dos inseparables
La pesadilla de un c
La hija del rey Renó
Los extremos.
Los dedos huéspedes
Los éxtasis.
La posdata de una ca
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapater
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teru
La verdad en el espej
La banda de la Conde
La esposa de Sancho e
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dilu
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madri
La Madre de San Fer
Las flores de Don Juai
Las aparencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenc
La Archiduquesita.
La escuela de los amig
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajer
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (a
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.

MISTERIOS DE LA CALLE DE TOLEDO.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/misteriosdelacal3651mora

MISTERIOS DE LA CALLE DE TOLEDO,

DRAMA EN CINCO ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON RICARDO MORALES DE CASTRO.

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el teatro de Novedades el dia 27 de Octubre de 1866.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
MICAELA.....	Doña Enriqueta Liron.
RAMONA.....	Manuela Ramos.
ENRIQUETA.....	Dolores Liron.
MARIA.....	» Iñigo.
UNA SEÑORA.....	» »
ANSELMO.....	D. José Mata.
PERICO.....	Mariano Fernandez.
ERNESTO.....	Miguel Cepillo.
PEPE.....	Elias Aguirre.
SANDOVAL.....	Vicente Belmon.
MIGUEL.....	José Gonzalez.
FRASQUITO.....	Antonio Gonzalez.
UN INSPECTOR.....	Antonio Mendoza.
ANTONIO.....	Vicente Yañez.
UN ESCRIBANO.....	» »
UN CHICO.....	» »
UN CABALLERO.....	» »
UN SERENO.....	» »
UN LACAYO.....	» »

Epoca: 186.....

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MI QUERIDA ESPOSA

DOÑA JOSEFA HIJOSA DE MORALES.

Tú, que sabes cómo y por qué he escrito la presente obra, apreciarás en su justo valor este pobre trabajo, que te dedica tu

Ricardo.

671558

ACTO PRIMERO.

Casa blanca; dos ventanas al foro; puertas á derecha é izquierda. Un pasillo como de dos metros de ancho ocupa toda la derecha del actor, y da vuelta por la espalda de la habitacion. El pasillo tiene tres puertas: primera, derecha, que figura ser la de la escalera, que conduce á todo el piso. Segunda, derecha; y otra al foro, la cual se verá por entre una de las ventanas de la habitacion. La puerta de la derecha de esta, da al pasillo y viene á caer frente á la de la escalera. La estancia estará amueblada con decencia, pero sin lujo; mucho aseo y órden en todo; tiestos con flores en las ventanas. Una jaula pendiente de una de ellas; la imágen de la Vírgen de la Paloma en el centro, entre las ventanas. Estera fina: á los pies del sofá una alfombrita pequeña. Un secreter antiguo, pero en buen estado, colocado en segundo término de la izquierda; una consola con espejo, en segundo término de la derecha. Cortinas de percal en las ventanas y en la puerta de la izquierda. Nada ha de dar á entender riqueza; solo comodidad y aseo.

ESCENA PRIMERA.

ANSELMO y MICAELA, á poco ANTONIO por la puerta primera de la derecha, y FRASQUITO por la segunda idem. Anselmo, sentado en un sillon, á la izquierda, al lado de una mesa, sobre la que habrá una palmatoria con luz.

Micaela, á sus pies, en una banqueta leyendo *La Correspondencia*. Momento de pausa al levantar el telon: el periódico va desprendiéndose poco á poco de las manos de Micaela, que parece dormirse. Anselmo nota el movimiento de esta, le recuesta la cabeza sobre sus rodillas, y con mucho cuidado extiende el brazo para recoger el periódico.

ANS. Pobrecilla, se ha dormido. Poco amena es para ella la lectura de *La Correspondencia*; la política lo absorbe todo, y no trae una sola noticia que la distraiga. Vaya, continuaré yo. (Figura leer para sí. Mientras tanto, sale Antonio por la puerta de la escalera y llama en la habitacion de al lado.)

ANT. (Llamando muy ajo.) Frasquito!

FRASQ. (Dentro.) Quién llama?

ANT. Yo, Antonio.

FRASQ. Entra. (Se abre la puerta pausadamente, y desaparece por ella Antonio.)

MIC. (Despertando.) Calla! me he dormido!

ANS. Como no digas otra cosa, lo que es esa ya hace rato que la sabia.

MIC. Qué quiere usted, padre? Usted ya sabe usted que pocas ó ninguna noche me sucede; siempre la leo desde el principio hasta el fin; pero esta noche, maldito si me interesa lo que dice.

ANS. Nada tiene de particular.

MIC. Déme, déme usted, continuaré.

ANS. Como quieras.

MIC. Sí, ya se me ha pasado el sueño; y ademas, debe faltar poco. (Lee.) «La cuestion de Oriente vuelve á preocu-»par los ánimos...»

ANS. Mira, pasa ese suelto; ya lo leeré despues.

MIC. Me alegro. «Despues de la terrible lucha que los Esta-»dos del Norte de América han sostenido...» Vaya! si no parece *La Correspondencia*...

ANS. Salta, salta ese tambien.

MIC. (Leyendo.) «Una señora anciana que habita en la calle »del Humilladero, número...» No se entiende el núme-

ro; está borrado. «Cuarto bohardilla, implora la cari-»dad pública. Tiene un hijo que ayer tuvo la desgracia »de caerse de un andamio donde estaba pintando, frac-»turándose una pierna. Su afligida madre llama al co-»razon de las personas caritativas, para poder atender »al cuidado de su querido hijo, que es el único apoyo y »consuelo de su ancianidad.» Pobre familia!

ANS. Qué número has dicho?

MIC. No se entiende; pero será fácil dar con la casa.

ANS. Calle del Humilladero! Una señora anciana con su hijo pintor!... no sé!... me extraña no conocer... apenas habrá en todo el barrio una familia á quien no conozca... y no recuerdo...

MIC. Pepe los debe conocer! Es pintor.

ANS. No es una razon! Pero es probable.

MIC. Qué piensa usted hacer?

ANS. Me informaré... Los veré y...

MIC. Y si su madre es muy anciana y cree usted que no podrá cuidarle lo bastante, dígala usted que yo iré á su casa y la ayudaré. Ya que no podamos darla nada, al menos la serviré en lo que pueda.

ANS. Bien; ya veremos.

MIC. Á propósito, ha visto usted á Cárlos y á sus hermanos?

ANS. No sabes que todos los sábados los visito? hoy he estado allí.

MIC. Y cómo estan?

ANS. Tan contentos y tan alegres!

MIC. Pobrecillos! Qué bien saben llevar su miseria, y cuánto trabajan sin fruto por conseguir...

ANS. Á su edad no se conocen penas, y tarde ó temprano, la virtud y el trabajo encuentran su recompensa; no tengas cuidado, que esos chicos tienen que ser felices.

MIC. Dios lo quiera!

ANS. Pero sigue la lectura, muchacha, y déjate de digresiones.

MIC. Si ya no hay mas que anuncios, mire usted, y la lista de la loteria: hoy está el periódico insufrible! Con la

lista de la loteria escatiman las noticias.

ANS. Pues qué los números premiados no son una noticia?

MIC. Pero si yo no juego!

ANS. Pero si *La Correspondencia* no se escribe para tí, sino para todos, y á los que juegan les interesa saberlo... y á tí tambien te interesa ahora, mira lo que es, porque el otro dia me dió la humorada de tomar un décimo...

MIC. Un décimo? Y cuánto vale un décimo?

ANS. Tres duros.

MIC. Tres duros! Y ha gastado usted tres duros en la loteria! Me gusta el modo de economizar. Estamos Pepe y yo trabajando contínuamente para ahorrar todo lo que podemos, y nos malgasta usted nuestros capitales!

ANS. Vamos, cállate, tonta!

MIC. Y cómo no me lo ha dicho usted?

ANS. Porque no me he vuelto á acordar de ello! Aquí está Vamos, léeme el número del prémio gordo, á ver si el lotero se ha acordado del encargo que le hice

MIC. Qué encargo?

ANS. Toma, le dije que me guardara el premio grande para mí número, y me dió su palabra de caballero de que lo haria; vamos, lee. (Durante estas palabras ha sacado el décimo, que pone desdoblado sobre su rodilla.)

MIC. Nueve mil seiscientos diez y siete, con ciento veinte mil escudos. (Leyendo el número de *La Correspondencia*.)

ANS. Nueve mil (Leyendo el décimo.) seiscientos diez y siete.

MIC. Sí! (Creyendo que se le pregunta que si ha dicho ese número.)

ANS. Cómo sí!

MIC. Que es nueve mil seiscientos diez y siete.

ANS. Ya lo sé. (Mirando el décimo.)

MIC. Segundo (Sigue el periódico.) premio... tres mil seiscientos cuarenta.

ANS. Pero, oye! oye! Dónde has leido tú nueve mil seiscientos diez y siete, en mi billete eh?

MIC. No, en *La Correspondencia*.

ANS. En *La Correspondencia*!... (Coge *La Correspondencia* de repente, que se queda arrugada en sus manos.) En *La Corres-*

pondencia!... (Se queda mirando á Micaela un momento y despues le dice sonriendo.) Oye, chiquita, tienes gana de broma, eh?

Mic. Cómo broma! no entiendo lo que quiere usted decir?

Ans. Qué has visto el billete, y luego has leido el mismo número en el periódico.

Mic. Si yo no he visto el billete!

Ans. Que no! (Mirando el periódico.) nueve mil seiscientos diez y siete. (Mirando el billete.) Nueve mil seiscientos diez y siete: esto no puede ser!

Mic. Eh! (Toma el billete de manos de su padre.) Nueve mil seiscientos diez y siete! Ay, Dios mio!

Ans. Espérate, muchacha! espérate, no te asustes! Á ver! Confrontemos. (Anselmo con el periódico y Micaela con el billete.) Cuál es el primer número?

Mic. Un nueve...

Ans. Y el segundo?

Mic. Un seis.

Ans. Y el tercero?

Mic. Un uno.

Ans. Y el cuarto?

Mic. Un siete.

Ans. Eso es! Nueve mil seiscientos diez y siete. Pues no hay mas! El premio gordo!

Mic. Y no tomó usted mas que un décimo?

Ans. Nada mas.

Mid. Vaya! Pues cuando le dijo el lotero que le guardaria el premio grande, bien podia usted haberlos tomado todos.

Ans. Si no llevaba mas dinero.

Mic. Se viene á casa por él. Y cuánto toca?

Ans. Ciento (Mirando el billete.) veinte mil escudos son sesenta mil duros, la décima parte seis mil, seis mil duros nos tocan.

Mic. Seis mil duros, y cuántos son seis mil duros?

Ans. Seis mil duros!

Mic. Son mas que cincuenta onzas?

ANS. Ya lo creo! (Sonriendo.)

MIC. Son mas? Ay qué gusto! Ya nos podemos casar!

ANS. Qué dices, muchacha?

MIC. Toma; si todo lo que ahorramos Pepe y yo, es para juntar cincuenta onzas y poner un obrador y casarnos! No sabe usted?

ANS. Cállate, chica, quién piensa ahora en eso?

MIC. Vaya! (Despues de un momento de pausa.) Ay, padre!... Y si el cajista de *La Correspondencia* se ha equivocado y no es ese el número premiado!...

ANS. El cajista! si se ha equivocado el cajista! Le pego un tiro!

ESCENA II.

DICHOS y PEPE.

Viene por la puerta de la escalera, atraviesa el pasillo, y despues de haber entrado en la habitacion de Anselmo, pregunta.

PEPE. Se puede entrar?

MIC. Ay, Pepe! Qué contenta estoy! ya!...

ANS. Cállate y no le digas una palabra! (Bajo á Micaela.) Toma, Pepe, (Hace ademan de sacar dinero del bolsillo.) toma; ve y cómprame tres ó cuatro docenas de *Correspondencias* de esta noche.

PEPE. Qué, va usted á empapelar alguna habita cion?

ANS. Qué tonto! Las voy á leer.

PEPE. (Sacando una *Correspondencia* del bolsillo. Pues lea usted esta tres ó cuatro docenas de veces y le sale la misma cuenta.

MIC. No, Pepe, es que quiere confrontarlas, á ver si dicen lo mismo.

ANS. Sí, eso es! trae una noticia que me interesa mucho y temo que se hayan equivocado!

PEPE. Pues todas estarán iguales.

ANS. Á ver, trae la tuya! (La toma y lee.) Nueve mil seiscien-

tos diez y siete. Lo mismo!... Anda y tráete otra siquiera, hombre!

PEPE. Pero, qué le pasa á usted, señor Anselmo? Está usted... Vamos... no sé cómo!

ANS. Yo! Cómo he de estar, borrico! Qué me importan á mí cinco ó seis mil duros mas ó menos, si no han de ser para mí.

MIC. Cómo!

PEPE. Cinco ó seis mil duros! Qué dice usted!

ANS. Ya he dicho una majaderia! Mira, no te metas en lo que no te importa! Anda, y tráeme *La Correspondencia*!

PEPE. No se incomode usted, allá voy. Qué le pasa? (Bajo á Micaela.)

MIC. Luego te lo diré. (Id. á Pepe.)

PEPE. Adios!

ESCENA III.

DICHOS, menos PEPE.

MIC. Por qué ha dicho usted que no era para usted el dinero?

ANS. Toma... porque... porque... es para tí!

MIC. Y para usted tambien.

ANS. Es claro! Y para otros!

MIC. Bueno! no me importa! Yo no quiero mas que reunir cincuenta onzas para lo que usted sabe. Lo demas no me hace falta.

ANS. Mira, Micaela, no hablemos de eso, que me voy á incomodar y vas á tener que sentir.

MIC. Que sentir! Es decir que me va usted á dar un sentimiento! Pues en cambio le voy á dar un beso. Qué le parece á usted?

ANS. Pero chiquilla, tú sabes lo que es casarse?

MIC. Vivir con la persona que se quiere!

ANS. Me quieres mucho!

MIC. Ya lo creo! Mucho!

ANS. Pues ya vives conmigo! Qué mas necesitas?

MIC. Vamos, que está usted gracioso, viviré con usted y con Pepe; los dos le cuidaremos tanto!

ANS. No; si tú me cuidas muy bien, y yo no necesito de nadie mas que de tí. Pepe! Pepe! Pero ese demonio de chico no se aparta un momento de tu imaginacion!

MIC. Cualquiera diria que no le quiere usted! Pues si usted mismo me está siempre ponderando sus cualidades, diciéndome que es tan buen hijo, tan trabajador!...

ANS. Sí, pero es una cabeza destornillada, que no hace caso de nada de lo que le digo, se reune con una gente que no es de mi devocion, y por mas que tenga buen corazon y sanos instintos, esas compañías acabarán por extraviar sus buenos sentimientos.

MIC. Ya se corregirá, yo me encargo de ello.

ANS. Sí, buena eres tú tambien! Dame el billete de la loteria.

MIC. Si se quedó usted con él!

ANS. Yo! Es verdad, aquí está! Verás! verás tú! Como mañana en las listas no sea este el número d el premio grande, se acaba *La Correspondencia*: me cómo desde el director hasta los chicos que la venden!

MIC. Me voy dentro á estudiar mi leccion, que hoy con la plancha no he tenido tiempo para nada.

ANS. Anda, anda, y como la sepas bien, te voy á hacer un regalo de príncipe.

ESCENA IV.

ANSELMO y á poco ANTONIO y FRASQUITO, segunda derecha.

Dios la bendiga! Vamos á ver! Á ver si es posible encontrar en el mundo un hombre mas feliz que yo! No le hay, de seguro! El que tiene poco, ambiciona mucho, el que tiene mucho, le parece poco y ambiciona mas. Yo nada ambiciono! Tengo todo cuanto necesito. Lo primero para ser feliz, es la paz de la conciencia; la tengo por completo! Lo segundo una familia. Tengo un ángel que constituye toda la mia! Un

ángel de candor, un modelo de inocencia y de virtud! Mi Micaela! Ella sola me basta! Lo tercero el dinero!... No! El dinero no da la felicidad, lo que da es la comodidad. Luego la estimacion y el aprecio de los demas. Esto tambien lo proporciona el dinero; es decir, proporciona el fingimiento de estas dos afecciones, mas no la realidad de ellas: pero esto no reza conmigo. Yo tengo dinero, sí señor, vaya si lo tengo, y no poco; pero no lo sabe nadie; de modo que los que me aprecian no lo hacen por el interés, y esto me satisface. Y me aprecian! Vaya si me aprecian! Me llaman la providencia del barrio. (En este momento salen Frasquito y Antonio del cuarto segundo derecha. Antonio se queda á la puerta, y Frasquito va de puntillas á mirar por una de las ventanas del pasillo que dan á la habitacion de Anselmo.)

ANT. Qué hace! (Muy bajo.)

FRASQ. No sé! Está solo! (Id.) (Se oyen pasos en la escalera.)

ANT. Espérate, alguien sube! (Se retira Frasquito de la ventana y se entra en el cuarto con Antonio.)

FRASQ. No hagas ruido al cerrar.

ESCENA V.

ANSELMO, y á poco la señora MARIA, primera derecha.

ANS. Parece que siento pisadas. (Esta atraviesa el pasillo y llama al cuarto de Anselmo.)

MARIA. Se puede entrar?

ANS. Adelante! Calle! Tú por aquí, Maria! Qué buen viento te trae? Has reñido con tu marido?

MARIA. Ay! No señor, peor que eso! Si usted no nos ayuda, no sé que va á ser de nosotros! Bien dice el refran; bien vengas mal si vienes solo. Parece que Dios nos ha dejado de la mano!

ANS. Qué te pasa, mujer, qué te pasa?

MARIA. Qué quiere usted que me pase! Ya sabe usted que hace mas de un año la suerte nos ha vuelto la espalda,

y que venimos de mal en peor! Con esto de las contribuciones, y los consumos! y qué sé yo, los belenes que traen allí los menistros!...

ANS. Hazme el favor de no hablarme de ministros ni de belenes, sino de lo que te ha pasado.

MARIA. Pues eso! que cada dia estamos mas mal; y que para completar la cosa, hoy se entró la justicia por casa y nos ha dejado sin una sola libreta de pan. Miguel está, que si bubiera siquiera veinte hombres de su modo de pensar...

ANS. Mira, no digas disparates! Quién te ha quitado el pan?

MARIA. Toma! Los del peso!

ANS. Tendria mas de lo justo, y se lo han llevado para aprovecharse de lo que sobra y devolvértelo cabal.

MARIA. No se chancee usted?

ANS. Pues por qué ha sido?

MARIA. Por nada! Por una friolera. Porque faltaban dos onzas en algunas libretas, tres en otras, y dijeron si las habia de cuatro.

ANS. (Despues de mirarla un momento.) Y no se han llevado mas que el pan?

MARIA. Qué queria usted que se llevaran!

ANS. Á tu marido y á tí!

MARIA. Qué dice usted, señor Anselmo?

ANS. La verdad!

MARIA. Vaya! Si no fuera por la opinion que tiene de usted el barrio entero, creeria que era usted un mal hombre.

ANS. Oye! Hace dos años que os establecisteis por aquí, y aunque no pecais de generosos, tampoco habeis dado nunca que decir. De cuándo acá habeis sacado esas mañas?

MARIA. Toma! Como vamos á menos, es preciso buscárselas!

ANS. Y te parece á tí que es justo ese modo de buscárselas!

MARIA. Toma! al que es rico, qué mas le da!

ANS. Al que es rico, debe dársele lo que él pide por su dinero! Y al que es pobre, que son los mas! Y al que es pobre! Te parece regular que un infeliz trabajador,

lleno de familia quizás, que apenas gana trabajando de sol á sol para alimentar á su mujer y á sus hijos con un pedazo de pan, vengas tú con tus manos lavadas á quitarle la cuarta parte de su sustento, mientras él te da entero el fruto de su sudor!

MARIA. Vaya! Y yo que venia á pedirle á usted... pues no lo ha tomado usted poco á pecho!

ANS. Á mí! qué venias á pedirme á mí!

MARIA. Nada! que á ver si usted tenia algunas relaciones para conseguir que hicieran la vista gorda!...

ANS. Mira, no te echo la escalera abajo porque no sabes lo que dices. Lo que vas á hacer inmediatamente es mudarte de aquí.

MARIA. Mudarme! Y adónde tengo yo dinero para mudarme? Ni á qué santo viene eso!

ANS. No tienes dinero, toma! Voy á darte lo que necesites para que vayas á establecerte á otra parte! Toma, ahí tienes dos mil reales! Y dile á tu marido que busque casa por allá, por los barrios donde vivia antes de venirse aquí! Ni tú eres de la calle de Toledo, ni en la calle de Toledo quiero yo gente que le robe á nadie su sustento! Mañana mismo empiezas la mudanza! Ah! Y te advierto una cosa. Voy á influir para que ni un solo dia dejen de visitarte; y como te vuelva á ocurrir lo de hoy, acuérdate de que hay Saladero! Adios!

MARIA. Vaya, señor Anselmo! que tiene usted un modo de hacer las cosas!

ANS. Adios! adios! (Maria sale y se para en el pasillo mirando el dinero.)

MARIA. Dos mil reales. Pues, señor; el que regala dos mil reales debe ser millonario! De dónde sacará esto! Regalar este dinero y vivir casi en una buhardilla! Aquí hay gato! (Váse.)

ESCENA VI.

ANSELMO y á poco MICAELA.

Dos mil reales! con eso habia para socorrer á cuatro infelices; pero quitar este pájaro de aquí es un beneficio que alcanza á mas de cuatro pobres del barrio. Que yo influya para que hagan la vista gorda! Vamos, si no saben lo que se dicen; hablan por hablar! Cuatro onzas en cada libra de pan. Pues es una pequeñez! Cuando yo decia que no eran buenos! (Se oye un silbido prolongado, poco despues cinco golpes y repique. Mientras tanto Anselmo cierra el secreter de donde sacó el dinero.)

MIC. (Dentro.) Padre?

ANS. Qué quieres?

MIC. (Dentro.) Me parece que llaman aquí?

ANS. Quién ha de llamar aquí?

MIC. (Dentro.) No sé! Pero se me ha figurado!...

ANS. No puede ser; ademas, la puerta debe estar abierta todavia. (Vuelven á silbar y á poco llaman del mismo modo. Anselmo figura contar los golpes.)

ANS. Pues es verdad! aquí es! Quién será?

MIC. (Dentro.) Lo ve usted como es aquí?

ANS. Pepe tiene llave! Ese Frasquito no se recoge nunca hasta el amanecer; y ademas tiene llave tambien. Vamos, algun disgustillo casero que vienen á que yo los reconcilie. (Á Micaela, que sale con luz.) Adónde vas?

MIC. Á abrir.

ANS. Quita de ahí, chiquilla; pues y yo!

MIC. Se va usted á cansar mucho.

ANS. No me canso! Anda, anda, sigue estudiando tu leccion, que yo voy en un momento! (Toma la llave, que estará en la pared pendiente de un clavo.)

MIC. Pero si yo...

ANS. Anda adentro. (Toma la palmatoria que hay sobre la mesa y sale. Silban, y á poco llaman tercera vez.) Pues no trae poca prisa, con la cabeza, hijo, con la cabeza! (Váse.)

ESCENA VII.

MICAELA, y á poco ANTONIO y FRASQUITO, segunda derecha.

MIC. Quién será? Ay! qué contento se va á poner Pepe cuando le diga lo de la loteria. ¡Ya no tenemos necesidad de juntar mas! Vamos, no quiero alimentar esperanzas, porque si luego no es cierto... (Váse primera izquierda. Momento de pausa: ábrese muy poco á poco la puerta segunda derecha y salen Frasquito y Antonio con mucha precaucion, atraviesan el pasillo de puntillas, y entran en el cuarto de Anselmo.)

FRASQ. (Muy bajo.) Está en el otro cuarto.

ANT. Pues manos á la obra.

FRASQ. Y el pañuelo?

ANT. Aquí lo llevo. (Entran en el cuarto donde está Micaela. Á poco se oye un chillido y algunos gritos ahogados. Salen trayendo en los brazos á Micaela desmayada y tapada la boca con un pañuelo.)

FRASQ. Á mi cuarto! Á mi cuarto hasta que suba! (Se entran en el segundo derecha. Pausa. Se oyen las pisadas de Anselmo al subir.)

ESCENA VIII.

ANSELMO, saliendo. Á poco FRASQUITO y ANTONIO, conduciendo á Micaela.

ANS. Pues si ha sido una broma, maldita la gracia que me ha hecho! En cuanto amanezca averiguo quién ha sido, y por mi nombre!... Ciento y tantos escalones, y nadie: la puerta de par en par! Si ya lo decia yo! (En este momento salen Frasquito y Antonio con Micaela y se van por la puerta primera derecha.) No era nadie, hija, no era nadie: algun gracioso que ha querido que yo haga ejercicio.— Pero cuanto tarda ese chico con *La Correspondencia*! Seis mil duros! No es cosa para alterarse! Pero en fin son seis mil duros que han de dar muy buen resultado

Ya tengo aquí (Señalando á la frente.) la inversion que voy á hacer de ellos. Y á bien que no dará buen fruto en su dia!

ESCENA IX.

DICHO y RAMONA desde la puerta de su cuarto, que se verá por una de las ventanas del de ANSELMO.

RAM. Señor Anselmo.

ANS. Qué hay, Ramona.

RAM. Está ahí Pepe?

ANS. No, señora.

RAM. Cómo tardará tanto!

ANS. Ha venido ya; pero le he dicho que me traiga *La Correspondencia*, y no debe tardar en venir.

RAM. Ya! eso es otra cosa.

ANS. Pase usted, pase usted hasta que venga, señora Ramona, y charlaremos un ratillo.

RAM. (Entrando.) Buenas noches.

ANS. Muy buenas.

RAM. Pues y Micaela?

ANS. Allí dentro estudiando. Y el bueno de Roque?

RAM. Ya lleva mas de dos horas de sueño, se levanta antes de ser de dia, así es que el pobre en cuanto anochece, no se puede tener de pie, cena y á la cama.

ANS. Muy bien hecho.

RAM. Ay, señor Anselmo, ¿cree usted que no tendremos jarana?

ANS. Cómo jarana?

RAM. Si dicen que no se pasan tres dias sin que se arme la gorda!

ANS. Qué gorda ni qué flaca; no hable usted majaderias! Esas son voces que se esparcen por razones que yo me sé y que á usted no le importan.

RAM. Quiera Dios que así sea! Ahora que nos vamos reponiendo un poco, que á Roque no le falta trabajo y que

Pepe, á Dios gracias, gana muy buen jornal!... Mire usted, señor Anselmo, yo creo que las jaranas no traen mas que la desgracia de todos nosotros. Se derrama sangre, despues se paran las obras, no hay que trabajar, y por consiguiente, falta que comer! Y todo, por qué? mire usted, porque mande Juan ó mande Pedro! Todos son lo mismo, de manera que á nosotros qué nos va ni nos viene.

ANS. Muy bien, señora Ramona, eso es hablar como se debe! Ya sé que Roque y usted no piensan mas que en su trabajo y en sus obligaciones. Así pensaran todos en lo mismo, y no se metieran á servir de instrumento de ambiciosos... Pero deje usted, que yo les haré ver á todos la verdad... y...

RAM. Pepe es el que nos tiene con cuidado, señor Anselmo! Siempre está diciendo que él va á ser el primero que se eche á la calle, y que no va á dejar títere con cabeza.

ANS. Con tal que no le toquen á la suya. Pero déjele usted que diga, no lo hará, yo le conozco bien, y esos son resabios de las compañías, pero él es bueno y se dejará guiar por el buen camino.

RAM. Sí por Dios! No le deje usted de la mano! Usted tiene para él yo no sé qué... y hace mas caso de usted que de nosotros.

ESCENA X.

DICHOS y PEPE.

PEPE. Hola! Hola! Se murmura! Apuesto á que estan ustedes hablando de mí.

ANS. Precisamente!

PEPE. Y qué decian ustedes, vamos á ver! Que no hay en todo el barrio un mozo mas completo que yo! No es verdad?

ANS. Deciamos, que el dia que te oiga hablar de política, no

vuelves á entrar por esa puerta, ni Micaela á asomarse á esas ventanas.

PEPE. Y cómo quiere usted que uno se esté quieto al ver tanta injusticia! Le parece á usted regular que esa gente!...

RAM. Lo ve usted, señor Anselmo! Lo ve usted!

ANS. Sabes que he visto á Cárlos esta mañana y me ha dicho que eres un mal pintor, que se apuesta contigo á pintar una habitacion.

PEPE. Á pintar una habitacion conmigo! Es decir, que pinta mejor que yo!... Vamos, hombre, si hay cosas que no se pueden oir! Mejor que yo! Ni Murillo! (Incomodado.) Cárlos pintar mejor que yo! Si él no ha ido á la academia, ni tiene principios. Vaya usted, vaya usted á ver la casa de la calle de Don Pedro, á ver si aquello es pintar. Ha hecho allí unas figuras que da gana de quedarse ciego por no verlas! Dígale usted que vaya á ver mi trabajo, ya sabe él donde es! Si llega á ir, tira los pinceles en cuanto vea el gabinete que estoy acabando. Mire usted, no es ponderacion, he pintado un jarron con flores en el techo, que todo el que pasa por debajo se agacha creyendo que se le va á venir encima! (Anselmo se sonrie.)

RAM. Eso sí, señor Anselmo. Usted ha visto ya algunas cosas, y la verdad es que pinta muy bien!

ANS. Pues de eso! de eso es de lo que yo quiero que te ocupes! Que lo demas, si el pais no está bien arreglado, no eres tú el que lo ha de arreglar. El gobierno que haga que no te falte donde trabajar, ese debe ser el mejor para tí; y déjate de tonterias.

PEPE. Con esto se me ha olvidado lo que les iba á ustedes á contar.

RAM. El qué!

PEPE. Ahora cuando yo subia con *La Correspondencia*, vi ahí en el callejon de al lado, un coche muy lujoso, y metieron en él una pobre mujer que debia estar muy mala, porque la llevaban entre dos; me chocó y me acerqué en el momento mismo en que cerraban la puertecilla y

echaba á correr el coche.

RAM. Qué será, señor Anselmo?

ANS. No sé... un carruaje muy lujoso y parado en el callejon de al lado!...

PEPE. Yo me quedé un rato mirando, y salió á escape por la calle abajo hácia la ronda.

ANS. Pues mira, me da en qué pensar!

PEPE. Qué hace la Micaela que no sale?

ANS. Está estudiando allá en su cuarto.

PEPE. Y qué? No va á salir á darme las buenas noches?

ANS. Vaya, pues no ha de salir, como siempre. (Llamándola.) Micaela! Micaela! Que está aquí Pepe, chiquilla, cómo no sales? Eso es que se ha dormido, hace poco le pasó lo mismo leyendo *La Correspondencia*. Se ha pasado todo el dia planchando... Entre usted, entre usted, señora Ramona, y despiértela usted. (Ramona entra.) Mira, (Á Pepe.) se queda durmiendo, y la luz encendida; si luego ocurre una desgracia!...

RAM. (Saliendo.) Si aquí no está.

ANS. Que no está? Pues no ha de estar! (Entrando en el cuarto.) Micaela! Micaela! (Dentro.)

RAM. Dónde estará?

ANS. (Saliendo.) Estará en su cuarto de usted!

RAM. En mi cuarto!

ANS. Vaya usted, vaya usted, que allí debe estar!

RAM. Voy! Pero... (Sale y vuelve á poco.)

ANS. Pues dónde ha de estar sino allí!

RAM. (Saliendo.) No está tampoco, señor Anselmo!

ANS. Que no! Dios mio!

PEPE. Qué es esto!

ANS. (Llamando.) Micaela! Micaela!

PEPE. Dios mio! (Reflexionando.) Ese coche!...

ESCENA XI.

LOS MISMOS, la señora MARIA y el INSPECTOR.

MARIA. Por aquí, suba usted por aquí. (Dentro.)

RAM. Quién es?

MARIA. La justicia!

ANS. La justicia? Y qué quiere la justicia en mi casa?

INSP. (Entrando.) Señor Anselmo.

ANS. Qué quereis, señor Inspector?

INSP. Tengo órden de arrestaros.

ANS. Arrestarme! Á mí! Pero esto que me pasa es un sueño! Micaela no parece! Yo á la cárcel! Pero cuál es mi culpa!

INSP. No puedo deciros nada.

PEPE. Pero señer Inspector, va usted á llevar al señor Anselmo á la cárcel! No sabe usted quién es el señor Anselmo? No sabe usted que es la providencia del barrio?

INSP. Todo lo sé; pero las órdenes que tengo son terminantes.

PEPE. Pero de qué le acusan?

INSP. No puedo decir una palabra. (Anselmo parece como idiota. No se fija en nada ni oye lo que se habla.)

MARIA. Tome usted, tome usted, señor Inspector. Yo no quiero meterme en lios! Tome usted esos dos mil reales que hace poco me regaló el señor Anselmo! Quién sabe de dónde vendrá este dinero, y por si acaso!...

INSP. Permanecerá en poder de la justicia mientras tanto se esclarece la verdad. (El Inspector hace seña á Anselmo de que le siga, este lo hace maquinalmente, y salen acompañados de Maria.)

ESCENA ÚLTIMA.

RAMONA y PEPE.

PEPE. Pero qué es esto, madre?

RAM. Qué sé yo, hijo mio! Qué sé yo! Está visto que en este mundo no se puede uno fiar de nadie! Quién lo habia de decir! El señor Anselmo!...

PEPE. Qué quiere usted decir, madre?

RAM. Ya lo ves! Cuando le prenden por algo será! el que regala dos mil reales no es un pobre.

PEPE. Y si él no ha dicho nunca que es pobre! Al contrario, decia que no necesitaba nada, y que tenia todo lo que le hacia falta!

RAM. Pero tampoco ha dicho que fuera rico!

PEPE. Y el que es rico tiene obligacion de publicar que lo es!

RAM. Qué sé yo! hijo mio, qué se yo: vamos á nuestra casa, que cuando el rio suena!...

PEPE. Pero y su hija?

RAM. Esa es otra!

PEPE. Ese coche que yo he visto!... Una mujer enferma ó desmayada tal vez! Dios mio! seria ella! Oh! Yo juro por mi nombre aclarar este misterio!... Yo descubriré...

RAM. Tú! Qué has de hacer tú? Quieres no meterte en lo que no te importa!

PEPE. Que no me importa! Que no me importan Micaela y su padre! Vamos, madre, no diga usted sandeces! Y aunque así fuera! basta que sean desgraciados para que yo...

RAM. Pero qué has de hacer tú?

PEPE. Qué sé yo! Adios!

RAM. Pepe, por Dios! dónde vas? qué puedes tú!...

PEPE. Que qué puedo! Ya lo verá usted! Tengo veinti tres años; mucho de aquí... (Señalando la frente.) y en cuanto á esto, (Por el corazon.) he nacido en el barrio de Toledo! Conque figúrese usted si con estas tres cosas se puede hacer algo! Vaya, hasta la vuelta! Váyase usted á dormir sin cuidado, que yo no me pierdo. Adios! (Sale precipitadamente por la puerta de la escalera.)

RAM. Pero, Pepe; hijo mio!

PEPE. Adios! Adios! (Dentro. Ramona se entra en su cuarto lloriqueando.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Despacho de lujo. Puerta al foro, dos á la derecha y una secreta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

Aparece ENRIQUETA. Un LACAYO anuncia y á poco SANDOVAL. Enriqueta viste de casa con extraordinario lujo.

LACAYO. El señor de Sandoval.

ENRIQ. Que pase!

SAND. (Saludándola.) Queridísima Enriqueta!

ENRIQ. Sentaos aquí, cerca. Cómo es eso? á qué debo este placer?

SAND. El placer y la felicidad son mios, exclusivamente mios. Estais encantadora! No comprendo que pueda haber quien os vea sin idolatraros.

ENRIQ. Qué lisonjero sois!

SAND. Digo la verdad.

ENRIQ. Qué quereis, amigo mio! Pues no hay una sola persona á quien le suceda eso!

SAND. Permitidme que lo dude! Yo sé de mas de una.

ENRIQ. Quiénes?

SAND. La primera, yo!

ENRIQ. Já! já! Es de veras?

SAND. Como lo ois!

ENRIQ. Y la segunda?

SAND. La segunda? quién ha de ser? vuestro... protector!

ENRIQ. Mi protector!...

SAND. Pues!

ENRIQ. Ay! amigo mio!... mi protector, como vos decis, hace por mí, todo, absolutamente todo, menos amarme. Bien lo sabeis?

SAND. Yo?

ENRIQ. Sois su amigo de confianza!...

SAND. Sí, me honra con su amistad, pero no hasta el punto de comunicarme... sus mas profundos pensamientos. Somos amigos políticos y de negocios; pero nada mas.

ENRIQ. Nada mas? señor diplomático?

SAND. Qué quereis decir?

ENRIQ. Que sois muy reservado y que esa es una cualidad que os honra! Á propósito, vuestro artículo de ayer ha caido como una bombra en la oposicion; anoche tuve ocasion de hablar con uno de los consejeros de la corona, y encomiaba mucho vuestro talento, y hasta creo que preguntó quién erais.

SAND. De veras?

ENRIQ. Oh, sí, estais de enhorabuena.

SAND. Por qué?

ENRIQ. Digo! Si os parece poco! Estoy segura de que obtendreis el destino que apetezcais, solo con presentaros. (Viendo á Ernesto, que sale primera derecha.) Oh! aquí teneis á vuestro amigo! No quiero molestar y me retiro.

SAND. Molestar!

ENRIQ. Oh! sí! sí!

ESCENA II.

DICHOS Y ERNESTO.

ERN. Adios, Sandoval.

SAND. Adios carísimo Ernesto.

ERN. Enriqueta...

ENRIQ. Qué quereis?

ERN. Si gustais, os podeis arreglar para salir, dad órden de que enganchen vuestra berlina.

ENRIQ. Y á dónde...

ERN. Aquí teneis. (Le da un papel.)

ENRIQ. Está bien! Sandoval! (Saludando. Váse puerta derecha.)

SAND. Enriqueta... Parece que está incomodada.

ERN. No! Es su estado habitual.

SAND. Pero hombre, eres cruel!

ERN. Yo! Por qué?

SAND. Esa frialdad!... Yo creo que ella te quiere.

ERN. Quererme; Cá! No ha querido en su vida. Tú sabes nuestra posicion, eres mi mejor amigo y tengo ciega confianza en tu silencio.

SAND. Oh! Y me haces justicia.

ERN. Ya lo se! Todos la creen una viudita millonaria, sola, con sus criados; esa puerta de comunicacion con mis habitaciones nadie la conoce. Frecuenta la mejor sociedad, esto me aprovecha, y en cambio yo la sostengo su lujo, que no es poco.

SAND. Vamos! Es un trato como otro cualquiera. Pues mira, es un excelente método! Y nuevo! Esta mujer es para tí una especie de fusil de aguja! Facilita los caminos y abrevia las negociaciones. Me parece bien!

ERN. Qué hablabais?

SAND. Nada!

ERN. Cómo nada! Me ocultas algo?

SAND. Me decia que anoche estuvo hablando con el ministro... que mi artículo contra la oposicion ha hecho en él muy buen efecto!

ERN. Sí, ya lo se!

SAND. Y crees que se puede sacar partido de eso?

ERN. Ya lo creo! Mucho! Yo necesito que llegues á director de cierto ramo... y ya estás en camino.

SAND. Hombre, bien! Eres un grande hombre!

ERN. Oye, es preciso que tu artículo sea destrozado por otro que salga mañana, y le vas á encargar tú mismo...

SAND. Qué dices, que me destroce yo á mí mismo?

ERN. Sí, saldrá en el periódico que yo costeo!...

SAND. Pero hombre!

ERN. Así te vas adiestrando en el manejo de la alta política. Juegas á tu antojo con los partidos; eso sirve de mucho y consolida la situacion de uno propio.

SAND. Pero, y si se sabe?

ERN. Qué se ha de saber! Ya ves, yo soy ministerial y costeo el periódico mas tremendo de la oposicion! El coco de los ministros!...

SAND. Mira, ó tú tienes mucho talento, ó yo soy muy necio. Haces magníficos negocios á la sombra del ministerio; apareces acérrimo partidario de la situacion, y por bajo de cuerda le haces una guerra sangrienta!... Una guerra que acabará por dar con él en tierra! Quieres explicarme?

ERN. (Despues de un momento.) Eres un inocente!

SAND. Convengo en ello. Oye, necesito quinientos duros. Tengo un pícaro inglés que no me deja vivir!...

ERN. Al momento. (Abre el secreter y le entrega el dinero.)

SAND. Hombre! Qué magníficos cigarros tienes aquí. Trasciende el aroma!

ERN. Toma los que gustes.

SAND. Bien, luego mandaré por un cajoncito!

ERN. Conque espero el artículo esta misma noche, eh?

SAND. Á las doce en punto estoy aquí con él.

ESCENA III.

DICHOS, el LACAYO.

ERN. Qué hay?

LACAYO. Una señora desea veros, señor.

ERN. Quién es? (El Lacayo entrega una tarjeta y se retira al foro.) Calle! La viuda de Sanchez Zurita! Hombre! Cuánto me

alegro!

SAND. Sanchez Zurita! Aquel americano!

ERN. Sí.

SAND. Pobre mujer!

ERN. Pues qué!

SAND. Que ha perdido el pleito que la dejó entablado su marido y está arruinada.

ERN. Cómo!

SAND. Si; hace mas de un año que vive con lo poco que su hijo gana trabajando. Aprendió á pintar por aficion, y ahora... el otro dia le vi trabajando en una obra!...

ERN. Vamos, vamos! Di que no estoy! (El Lacayo se retira.) Qué molestia! No le dejan á uno un momento.

SAND. Oh! es un pintor de historia bastante bueno, yo he visto cuadros suyos; pero eso nadie lo compra; el arte no promete y la miseria le ha obligado á pintar habitaciones.

ERN. (Al Lacayo, que sale.) Qué ha dicho.

LACAYO. Ha suplicado que os entreguen esta carta, señor; y que volverá por la contestacion.

ERN. Dame! (Leyendo.) «Alentada por la antigua y estrecha amistad que le unia con mi marido, me atrevo á molestarle en vista de mi aflictiva situacion. Mi pobre Ricardo, que ganaba su sustento y el mio, trabajando como un modesto obrero, ha tenido la desgracia de caerse de un andamio y se ha fracturado una pierna. No tengo recursos para atenderle y me veo precisada á llamar al corazon de los que han sido siempre mis buenos amigos.» Bueno, bien! Cuando vuelva dale un par de duros. Si se fuera á socorrer á todo el que pide, dónde habria dinero bastante! Ea, adios. Hasta la noche, eh?

SAND. Sí! Dime, ese criado...

ERN. Qué!

SAND. Fué el que me anunció, cuando estaba aquí Enriqueta, de modo que sabe. (Señalando la puerta de comunicacion.)

ERN. No hay cuidado! Tengo una confianza ciega en él. Ade-

mas que aun cuando quisiera hablar no lo haria, le tengo bien sujeto.

SAND. Ah! vamos! (Ap.) (Como á mí!) Ya veo que eres hombre que lo entiende!

ERN. Así, así!

SAND. Hasta luego.

ERN. Adios.

ESCENA IV.

ERNESTO, á poco ENRIQUETA.

La cosa marcha! Gracias á las noticias que me dió anoche Enriqueta he hecho una gran jugada! Los fondos suben y mi capital se aumenta considerablemente! El ministerio parece que tiene vida, si; pero es una vida ficticia. Los rumores de próximos trastornos le tienen con cuidado! Mi plan es magnífico, y antes de un mes sabe Dios quién ocupará el poder.

ENRIQ. Estoy á vuestras órdenes.

ERN. Habeis leido mis instrucciones?

ENRIQ. Sí.

ERN. Pues bien; ya sabeis?...

ENRIQ. Pero el ministro no estará en su despacho á estas horas.

ERN. Pues averiguad dónde está: quién mejor que vos! Sois íntima amiga de la persona que posee todos sus pensamientos!... y esa os podrá decir, tal vez no sea preciso que hableis con él. Anoche les oí tratar del asunto, pero aun no se habia decidido. Deseo saber á qué se encuentra mas inclinado.

ENRIQ. Está bien!

ERN. Adios! Ah! Han terminado de pintar vuestro gabinete?

ENRIQ. Aun no!

ERN. Pues advertídmelo; para que los muebles y los adornos hagan juego con la pintura! Ya veis si pienso en vos y estoy en todo lo que os puede proporcionar goces y

comodidades.

ENRIQ. Sí, sí! Adios. (Váse puerta secreta.)

ERN. Hé aquí otro bonito negocio! Si logro que se varie el trazado de ese ferro-carril, se aumentan mis fondos en ocho ó diez millones. Y se variará, yo lo creo! Aunque para ello tenga que gastarme la mitad, siempre me resultará!...

ESCENA V.

DICHO, el LACAYO, y á poco MIGUEL.

LACAYO. Señor!...

ERN. Qué hay?

LACAYO. Un hombre del pueblo pregunta por usted; dice que tiene precision de verle, que se llama Miguel, y que es conocido antiguo suyo.

ERN. (¡Miguel! Antiguo conocido mio!) Dile que pase. Si será... Y á qué viene!... (Aparece Miguel á la puerta.) Él es. ¡Qué será esto!

MIGUEL. ¡Hola, don Ernesto! Cómo va de salud!

ERN. Bien, hombre, bien, y tú?

MIGUEL. Vamos tirando!...

ERN. Siéntate, hombre, siéntate! Qué es eso? Tanto tiempo sin vernos?... Qué te ocurre?

MIGUEL. Caramba, don Ernerto! parece que va bien, eh! qué majo que está todo esto!

ERN. Sí, hombre, á Dios gracias no vamos mal. Y qué hay? qué hay?

MIGUEL. Nada! Ya sabe usted que yo no le he molestado nunca! usted me pagó mi servicio muy bien, y francamente, me parecia mal venir á importunarle á usted todos los dias. (Ernesto va á cerrar las puerta.) Es verdad que no he sabido de usted; se marchó usted lejos, eh? Qué hace usted, hombre!

ERN. Habla bajo! Qué es ello!

MIGUEL. Nada!... que mire usted! vamos muy mal! El Gobierno

no hace mas que pedir, y nosotros ya no tenemos que dar!... Caramba y qué aviejado está usted, don Ernesto! Yo no tengo una peseta, soy panadero, está usted, y para remate de cuentas hoy me han quitado todo el pan. Y por qué dirá usted que ha sido, por nada! Porque le faltaba un cuarteron á cada libra!... Conque pensando... pensando... le dije á mi mujer! porque yo me he casado! usted no lo sabia, eh? Pues le dije: mira, vete tú por ahí á ver si encuentras algun modo de que nos las busquemos, que yo voy á hacer lo mismo por mi parte! Conque dicho y hecho! Mi mujer se fué, y yo me quedé *reflixionando* conmigo mismo!... Cuando héte aquí que le veo á usted pasar por mi calle en un carricoche; y aunque hace muchos años que no nos vemos y usted está muy cambiado... dije: calla! aquel me parece que es don Ernesto! Eché á correr detrás del coche... Caramba y qué caballos tiene usted! Si tardan un poco mas en llagar, echo los *hipro-condios* por la boca! Conque véle ahí usted! Eso es lo que ha pasado! Me entré ahí en una taberna á descansar un rato, y aquí estoy!

ERN. Y qué quieres?

MIGUEL. Nada! Vengo á que me proteja usted, y á darle una noticia.

ERN. Una noticia.

MIGUEL. Se acuerda usted, aquella noche que despachamos á aquel sujeto!... lo que nos faltó... para completar la cosa, segun usted mismo dijo!

ERN. Qué quieres decir? (Bajando la voz.)

MIGUEL. (Levantándola.) Nada! que por mas que usted y yo y aquel otro que iba con nosotros, que no sé quién es!... ni él sabe quién soy yo! Porque la careta! Caramba, qué buena idea fué aquella de la careta! Cuidado si tiene usted de aquí. (Señalando á la frente.)

ERN. Acaba!

MIGUEL. Pues como digo! Por mas que buscamos los tres; lo que es la niña, no pareció. Él sí! Lo que es él, no que-

dó para contarlo! Pero la niña!...

ERN. Silencio!

MIGUEL. No tenga usted cuidado! Nadie sabe una palabra de esto, ni mi mujer. Somos tres los que estamos en el ajo, y cada uno de por sí, callará por la cuenta que le tiene!

ERN. Pero, bien; á qué viene ahora eso? Tienes mas que decirme lo que deseas?... y no recordar...

MIGUEL. Y qué importa? Mire usté, desde el año cuarenta y ocho!... Ya no se acuerda nadie de aquello, y aunque sucediera una desgracia, usted está en lo firme y nos salvariamos! Pero, cá! si á aquello ya se le echó tierra!... No es verdá usted, don Ernesto?

ERN. Quieres decirme lo que deseas y terminar pronto!

MIGUEL. Pero no quiere usted saber la noticia?

ERN. La noticia?

MIGUEL. Claro! Todo lo que he dicho hasta ahora ya lo sabia usted! Pero lo que no sabe, es... que...

ERN. Vamos!... (Muy impaciente é incomodado.)

MIGUEL. Nada! que me parece, don Ernesto... que la niña va á resollar por ahí el dia menos pensado.

ERN. Qué me cuentas!

MIGUEL. (Calla! Pues no se altera.)

ERN. Conque tú crees?

MIGUEL. Y qué? no le sorprende á usted?

ERN. Á mí? Cómo quieres que me sorprenda si tengo el convencimiento de que ha muerto!

MIGUEL. Muerto! Si la he visto yo!

ERN. Pues tú la conocias?

MIGUEL. Yo no! Pero he conocido á aquel que desapareció con ella; de modo que por él he venido en consecuencia de que la niña!...

ERN. Vamos, no digas sandeces; la niña murió, y tú no sabes lo que te dices. No niego que le hayas visto, pero si es verdad que tiene una niña será suya!

MIGUEL. Puede ser, pero á mí me parece!...

ERN. (Digo! Si yo no me prevengo.) Conque si es á eso á lo que venias!...

MIGUEL. No, señor, no! Venia tambien!...

ERN. Á qué! Vamos, acaba, que tengo prisa.

MIGUEL. Pues venia... por unos cuantos reales y nada mas; porque francamente, ya estoy cansado de trabajar... y ya que voy para viejo, quiero vivir bien sin molestarme mucho! Y la verdad es que yo tengo méritos para ello, no es verdá usted?

ERN. Y dónde vives ahora?

MIGUEL. Yo? Por allá, por la plazuela de la Cebada.

ERN. Pues no has dado mal salto!

MIGUEL. Qué quiere usted!

ERN. Vamos, y qué dinero necesitas?

MIGUEL. Deme usted por ahora un par de mil reales!

ERN. Por ahora? conque piensas visitarme con frecuencia?

MIGUEL. Toma! En cuantito me se acaben ya estoy aquí... Yo le quiero á usted mucho, y usted á mí lo mismo! Es claro! como que en la desgracia es donde mas se estrechan las amistades! y la nuestra se formó en la desgracia; no en la de usted ni en la mia, si no en la de otro!

ERN. Toma, toma! y ya sabes que puedes contar conmigo!

MIGUEL. Ya lo sabia yo! Vaya, y usted conmigo!...

ERN. Gracias, hombre! Dime; tienes muchos amigos por allí...

MIGUEL. Por dónde?

ERN. Por tus barrios.

MIGUEL. Así, así; no faltan.

ERN. Y qué se cuenta entre ellos de política?...

MIGUEL. De política por allí? nada! Allí todos *semos* así... á la buena de Dios!... Yo sé saludar así, regularmente, y nada mas, es toda la política que he aprendido!...

ERN. No digo eso.

MIGUEL. Pues qué dice usted?

ERN. Que si se habla del ministerio, de revolucion!... en fin...

MIGUEL. Ya, ya he comprendido! Mire usted, todo dios está trinando. En cuanto se arme, va usted á ver el barrio de Toledo! Las piedras de la calle van á echar chispas!...

ERN. ¡Ya sé que es buena gente!

MIGUEL. Lo que es eso sí! Mire usted, yo no estoy criado allí; pero la verdad es que son valientes; lo que es valientes!...

ERN. El buen Miguel! Gasta ese dinero que te he dado en bromas con tus amigos, y no escasees nada! Si hace falta mas, ya sabes donde lo hay! Háblales de mí.

MIGUEL. De usted!

ERN. Sí! Diles que yo soy partidario de la buena causa! y que tal vez algun dia me vean entre ellos!

MIGUEL. Usted!

ERN. Sí: yo soy acérrimo partidario del pueblo y deseo con ansia el dia de la revolucion y el esterminio de los opresores.

MIGUEL. Bien, don Ernesto, bien! Ya le quiero á usted mas que antes, y eso que siempre le he querido mucho! y si usted nos ayuda!...

ERN. Conque vete y todo lo que te haga falta... cuenta conmigo!

MIGUEL. Pues ya se vé! Conque hasta otro dia! Verá usted! verá usted! Cuando yo les diga que hay un señoron muy rico que nos protege!... verá usted!

ERN. Adios! Adios!

MIGUEL. De aquí á otra vista, don Ernesto! Diga usted, no habrá por ahí algo que echar á perder! Desde esta mañana...

ERN. Eh, márchate á una fonda, dinero llevas. (Incomodado.)

MIGUEL. Es verdad! Conque...

ESCENA VI.

ERNESTO, á poco el LACAYO.

Tarde llega tu advertencia! Ella no tardará mucho en estar en mi poder, y en cuanto á él, pasará en la cárcel ó en el presidio los dias que le restan de vida! Parece que suena un coche por este lado! Serán ellos!... (Váse primera derecha.)

LACAYO. No hay nadie! Tengo ganas de probar estos cigarros

que fuma el señor; siempre le estoy oyendo decir que son tan buenos, que se los han traido de la vuelta de por allí abajo!... y quiero convencerme. Tomaré media docenita á ver si es verdad! Me parece que siento ruido... Sí! largo...

ESCENA VII.

FRASQUITO, ANTONIO, segunda derecha; el primero cierra la puerta y se guarda la llave.

ANT. Oye tú! La cosa ya está hecha! Á ver cómo te las manejas, yo necesito tres ó cuatro onzas para mí solo, conque pídele lo que te parezca, en dándome á mí eso!... Aquí viene; hasta luego!

FRASQ. Hombre, no seas bruto, ya le hemos sacado bastante; esperemos otra ocasion.

ANT. Pero...

FRASQ. Márchate, que yo me las compondré.

ESCENA VIII.

ERNESTO, FRASQUITO.

ERN. Qué hay!

FRASQ. Ya está!

ERN. De veras!

FRASQ. Ella allí, y la llave aquí!

ERN. Dame.

FRASQ. Ha habido necesidad de gastar algo!

ERN. En qué?

FRASQ. Toma! En arreglar las cosas.

ERN. De quién te has valido.

FRASQ. De Antonio.

ERN. Ese nunca está contento. Dime, el viejo...

FRASQ. Allí le dejé!

ERN. Llevaste el pliego al Gobierno civil?

FRASQ. Lo primero que hice.

ERN. Entonces no tardará mucho en estar en el Saladero. Hemos llegado á tiempo, porque tambien lo ha conocido otra persona.

FRASQ. Quién, nuestro compañero, el otro de la careta, eh? Usted no me ha querido creer hasta ahora, si no, ya hace tiempo que se podia haber hecho lo que hoy!

ERN. Qué importa... Ya está!... Y qué ha hecho la niña!...

FRASQ. Nada! se desmayó y todavia creo que sigue lo mismo.

ERN. Retírate. (Váse Frasquita.) Voy á verla. ¿Quién?

ESCENA IX.

DICHO, ENRIQUETA, puerta secreta.

ERN. Ya de vuelta?

ENRIQ. Sois la suerte personificada!

ERN. Pues?...

ENRIQ. El trazado se varia á medida de vuestro deseo!

ERN. Gracias á vuestro interés!

ENRIQ. No por cierto; preciso es confesar la verdad! No ha habido necesidad de influencias. El gobierno lo ha decidido por sí solo, pensando únicamente en los intereses de los pueblos! El resultado para vos es el mismo!

ERN. Vamos, no teneis nada que pedirme?

ENRIQ. Yo? qué quereis que os pida? No necesito nada!...

ERN. Me habeis hablado varias veces de ese chico pintor que teneis trabajando en casa; de las simpatias que os inspiran su carácter y honradez!...

ENRIQ. Cierto...

ERN. Sabeis dónde vive?

ENRIQ. Y para qué?

ERN. Para protegerle... Digo, si ello os agrada!

ENRIQ. Sí, me agrada! Merece todo cuanto se haga por él.

ERN. Pues decidme.

ENRIQ. Creo que es en la calle de Toledo, pero no recuerdo el número, se lo preguntaré!...

ERN. En la calle de Toledo?

ENRIQ. Sí!

ERN. Oh! Lo celebro infinito. Mis simpatías hácia él se han aumentado en mucho! Tengo predileccion por aquellos sitios. Desearia verle!...

ENRIQ. No está! Ya ha terminado por hoy.

ERN. Pues á la primera ocasion que se os presente, decidle mi deseo.

ENRIQ. Bien.

ERN. (Nos iremos captando las simpatías de aquella gente, que en su dia me dará buenos resultados.)

ENRIQ. Qué ordenais?

ERN. Nada.

ENRIQ. Adios!

ERN. Adios. (La acompaña hasta la puerta secreta, por la que desaparece Enriqueta.)

ESCENA X.

ERNESTO.

Todo marcha á las mil maravillas! Bien es verdad que me cuesta bastante caro, pero qué importa! Estos truhanes me saquean de una manera terrible!... Saben mis secretos, y abusan. Bah! Al primer síntoma de trastorno serán los primeros que caigan, y Miguel les hará compañía. Así me quedo solo, solo con mis secretos.

ESCENA XI.

DICHO y LACAYO.

LACAYO. Señor.

ERN. Qué hay?

LACAYO. Acaban de traer esta carta.

ERN. Dame. (El lacayo se retira.) «Es muy probable que el ministerio presente esta misma noche su dimision.» Oh! será

cierto. (Toca á un timbre y aparece el lacayo.)

LACAYO. Señor.

ERN. Á Francisco, que suba.

LACAYO. Acaba de salir con Antonio, señor.

ERN. Bien, retírate. Oh! Es preciso informarme! y si es cierto, esta misma noche doy el golpe. Corramos á prepararlo todo. (Váse por la derecha. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

LA PLAZA DE SAN MILLAN.

Á la derecha la fachada de la iglesia: calles á los lados de ella; frente al público una fachada de casas; al foro izquierda calle que se pierde á lo lejos; frente á la iglesia figura estar la plazuela de la Cebada. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Un chico pobremente vestido está mirando á la luz de un farol una moneda, la suena y la mira sucesivamente. Una señora con el velo echado se detiene á las puertas de algunas tiendas que permanecen abiertas como implorando la caridad. Miguel sale borracho por la primera calle de la derecha. Á poco aparece Perico.

MIGUEL. Qué largo me se ha hecho el camino! Todavia estoy en la plaza del Progreso! No, calla! si esta es la de San Millan! Vamos, ya poco queda!... en llegando á la Fuentecilla... No puedo con la cabeza. Valiente comidas Hombre, qué vida deben pasar los ricos! El Armeño... digo, Armiño... qué demonio de nombre le han ido á poner! Y qué buenas cosas hay! Caramba! (Sale Perico segunda calle derecha, anda y habla con mucha presteza.)

PERICO. Una limosnita, caballero!

MIGUEL. Por quién me has tomado?

PERICO. Calle! que es usted, señor Miguel! Yo le hacia á usted ya en su casa!

MIGUEL. Allá voy, me he tardado hoy un poco... pasé por la Carrera de San Gerónimo, y vi por entre unos cristales unas mesas preparadas para comer... me colé dentro y me he puesto como chupa de dómine!

PERICO. En la Carrera de San Gerónimo?

MIGUEL. Sí, en un restaurante que le dicen del Ermiño... (Siempre que pronuncia esta palabra lo hace con dificultad.) no, del Armiño! no, no se me olvidará! Volveré; ya lo creo... y qué vino, hombre, qué vino! Bueno! bueno me he puesto el cuerpo! Toma! toma una limosna, hombre! nunca te doy nada, y hoy quiero dártelo todo de una vez!

PERICO. Un duro! Dios se lo pague á usted, señor Miguel!

MIGUEL. Vaya, adios. (El señor Miguel se va dando traspies por la calle del foro.)

PERICO. Vaya usted con Dios. (Perico hace que se va de prisa y vuelve al retirarse Miguel. Saca una cartera y hace anotaciones.) «El señor Miguel ha comido en el Armiño y me ha dado un duro de limosna.» Esto sí que es chocante! Canario! Vamos, esta noche se puede formar un catálogo con las noticias! Hoy trabajo por una semana.

ESCENA II.

PERICO, la SEÑORA, el CHICO y un CABALLERO que atraviesa la escena. Perico al verle se dirige á él.

PERICO. Caballero... me da usted una limosna? no, pues con Dios!

CAB. Pero hombre, si no se espera usted, cómo quiere usted que se la dé!

PERICO. Perdone usted, caballero! Es tal la costumbre que muchas veces no doy tiempo á que me digan «perdone us-

ted por Dios.» Soy muy vivo de genio!

CAB. Ya se vé.

PERICO. Me llaman el pobre ligero!

CAB. Y le cuadra perfetamente. (Le da limosna.) Vaya, tome usted, buen hombre!

PERICO. Dios se lo page á usted, señor... (Se separa con presteza.)

CAB. Qué pobre tan raro. (Váse.)

PERICO. Calla! Miajitas? Qué haces por aquí á estas horas? (Reparando en el chico, que mira y suena la moneda.)

CHICO. Nada! Perico! Nada. (Guarda la moneda.)

PERICO. Qué haces, chiquillo? No te la voy á quitar.

CHICO. Ya lo sé, pero... dime Perico, es buena esta moneda?

PERICO. Y tan buena! Qué rico estás hombre! qué rico estás?...

CHICO. Phs! (Toma la moneda y váse corriendo. Perico saca la cartera y apunta.)

PERICO. «Un chicho pobre con una moneda de cinco duros!» Canario! hoy cae que hacer! se me pasan los meses sin ninguna apuntacion, pero lo que es hoy!... hoy le entrego una hoja llena. Vea usted qué ocupacion tan sencilla. Pues esto me vale medio duro todos los dias, que es lo que yo necesito para vivir; de modo que las limosnas que recojo, casi siempre se las doy á otros mas pobres que yo; mas pobres que yo!! eh? qué tal! seré yo vanidoso? y mi ocupacion á nadie perjudica! apunto en este libro todo lo que me choca, y nada mas.

SEÑORA. Buen hombre, puede usted socorrerme con una limosna?

PERICO. (Esta es mas ligera que yo! Si tarda un poco mas se la pido yo á ella! (Mirándola con detencion.) Pues si es la señora que se ha mudado á la calle del Humilladero! La madre de pobre chico que han traido ayer herido! Pobre mujer!) Tome usted, buena señora... tome usted! (Perico se mete la mano en todos los bolsillos y la da todo lo que tiene.) Ahí tiene usted todo lo que yo he recogido!... que no es poco!... Hoy me ha soplado la suerte! Ahí va! Pues mire usted, lo menos hay veinte ó treinta reales en piezas, cuartos y ochavos! Ah! Y un duro en

plata tambien va ahí!

SEÑORA. Ah! Dios bendiga á usted, buen hombre!

PERICO. Calle usted, señora; eso no vale nada! cuando usted lo pide lo necesitará mas que yo! (Me daré tono.)

SEÑORA. Dios le bendiga! (Y yo dudaba de pedir á esta pobre gente! Mas se socorren los pobres entre sí, que... hijo mio! corramos á su lado! (Váse precipitadamente. Perico saca la cartera, va á apuntar y se detiene.)

PERICO. Y qué voy á apuntar! Maldito si esto tiene nada de raro ni de chocante! Una señora que pide limosna! Eso se encuentra por cada esquina!

ESCENA III.

DICHOS y la señora MARIA.

MARIA. Periquillo, has visto por ahí á mi marido?

PERICO. Por allí bajo va! digo, no va, que le llevan!

MARIA. Lo llevan! pues qué le ha pasado! Está herido?

PERICO. No, mujer, no; lo lleva el vapor.

MARIA. El vapor?

PERICO. Sí, el del mosto que se ha tragado!

MARIA. Mi marido borracho! Eso es mentira!

PERICO. Qué fina es esta buena mujer! Pues mejor para usted si es mentira... (Hace que se va.)

MARIA. No te vayas, hombre!

PERICO. Qué quiere usted?

MARIA. Sabes que han prendido al señor Anselmo!...

PERICO. Si no se habla de otra cosa en todo el barrio... Cá! pero eso debe ser una equivocacion!... No tardan media hora en ponerlo en libertad.

MARIA. Quién sabe?

PERICO. Cómo quién sabe! Yo lo sé! No hay un hombre mas bueno que él!

MARIA. Pues cuando lo han preso por algo será... puede que estemos todos equivocados!

PERICO. Si no hace mas que bien por todos nosotros, ya lo sabe

usted y lo sabe todo el mundo.

MARIA. Pues mira, él debe tener mucho dinero.

PERICO. Y qué? Mejor! reparte lo que tiene entre los pobres, de modo que cuanto mas tenga, mejor para ellos.

MARIA. Pues yo no soy pobre de pedir limosna como tú, y me ha dado dos mil reales que yo no he querido tomar, y que se los he dado al señor Inspector. Dios sabe de dónde sacará el dinero, y yo no quiero hacerme cómplice...

PERICO. Dos mil reales á usted! Pues por su bella cara no se los daria! algo le pediria á usted en cambio. Qué le pidió á usted?

MARIA. Á mí? que me mudara de estos barrios... yo le dije que no tenia dinero para la mudanza... y entonces me dió...

PERICO. Pues véalo usted ahí!

MARIA. Qué?

PERICO. Que son para hacer una obra de caridad!

MARIA. Si yo no pido limosna.

PERICO. Pero si él no ha querido socorrerla á usted! sino á los pobres, á quienes usted vende doce onzas de pan por una libra! Y quitándola á usted del medio, les hace un favor grande. Pero ande usted! que ya le han dado á usted hoy un aviso bueno!

MARIA. Mira, esa es una de las mil cosas que á tí no te importan.

PERICO. Es claro! Á mí, maldito. Vaya, con Dios! (Váse.)

MARIA. Qué charlatan y qué amigo de meterse donde no le llaman! Hasta que lo indisponga con todo el barrio no voy á parar! Á ver si se va á otra parte con su ligereza! El pobre ligero! ligero!... Pero mi marido borracho!... Un embuste de ese tunante! Vamos á casa! Cierto es que me choca tanto tardarse!... (Váse.)

ESCENA IV.

PERICO, ERNESTO y FRASQUITO segunda calle derecha. Despues Antonio por el mismo sitio: suena media hora. Durante el acto un SERENO atraviesa varias veces la plaza.

PERICO. EsPeremos en mi puesto, que ya no puede tardar el Inspector.

ERN. Ya sabes que esta noche presenta el ministerio su dimision, y es menester aprovechar estos momentos...

PERICO. Quién será (Se acerca.) Caballeros, una limosnita!... no? pues con Dios.

ERN. Espere usted hombre! Si no le he dicho á usted que no.

FRASQ. Já! já! Es Periquillo! El pobre iigero!... La mayor parte de las veces se queda sin limosna por su ligereza.

PERICO. Qué quiere usted, señor, hay tantos pobres pesados é importunos, que yo dije... pues hay que buscar un método nuevo! mi ligereza les choca y no me va mal, gracias á Dios!

ERN. Toma hombre, toma!

PERICO. Dios se lo pague á usted, caballero! (Perico se retira, y recatándose de ellos saca la cartera y apunta.)

ERN. Parece listo. (Bajo á Frasquito.) Qué hace?

FRASQ. Estará mirando lo que le ha dado usted.

PERICO. «Frasquíto á las doce y media de la noche con un caballero en la plaza de San Millan.» Canario! esta es otra de las noticias mas gordas, y mas chocantes. No he visto nunca á Frasquito á estas horas por el barrio y eso que vive en él. Parece que me miran... alejémonos un poco!...

ERN. Daremos la vuelta por estas calles á ver si se va...

PERICO. Se retiran. (Antonio sale por la misma calle que Ernesto y Frasquito. Perico le ve y se dirige á él.) Me da usted una limosna por amor de Dios! No? pues con Dios! (Le mira, se va y vuelve á poco.) No le conozco.

ANT. Vaya un modo de pedir limosna! (Mirando á la calle por donde se fué Ernesto.) Creo que se han ido por aquí. Sí!

allá van. (Se entra por la misma calle que Ernesto y Frasquito.)

PERICO. Así son los mas, me miran y se acabó! Pues señor, esta noche las limosnas decentes menudean. Una peseta! si le aseguraran á uno siete ú ocho limosnas de estas diarias... Ya está aquí el Inspector.

ESCENA V.

DICHO, el INSPECTOR.

INSP. Qué, hay Periquillo?

PERICO. Tome usted! Lo que es esta noche no dirá usted que vengo desprovisto. (Rompe una hoja de la cartera y se la entrega al Inspector.) Llenita de novedades!

INSP. Bien, hombre, bien!

PERICO. Vaya, con Dios!

INSP. Espérate, hombre! Ya peca de exageracion tu ligereza.

PERICO. Hay que justificar el apodo.

INSP. (Leyendo la hoja.) «Un coche de lujo parado cerca de media hora en la calle de...» «Frasquito y otro á las nueve y media.»

PERICO. Pues mire usted, parece que las apuntaciones dan buenos resultados?

INSP. El señor Miguel te ha dado un duro de limosna?.. (Despues de echar otra mirada á la hoja)

PERICO. Sí, señor.

INSP. Y venia de comer en el Armiño!... Dónde habrá escarbado este... Preciso será averiguar... Los informes que me dieron de él cuando se mudó á este barrio, no le favorecian mucho, me parece que se ha cansado de ser hombre de bien!

PERICO. Pues lo de hoy con el pan, debia espabilarle un poco...

INSP. Phs! La cabra siempre tira... «Un chico pobre con una moneda de cinco duros...» Le conoces?

PERICO. Sí! Miajitas! El chico de la señora Sebastiana... Por allí va... le llamo?

INSP. Sí, llámale.

PERICO. Jé, Miajitas! Chico, ven aquí.

ESCENA VI.

DICHOS, el CHICO.

CHICO. Qué quieres, Perico?
PERICO. Has cambiado ya la moneda?
CHICO. No.
PERICO. Es buena, verdad?
CHICO. Ya lo creo que es buena.
INSP. Conque le has quitado á tu madre cinco duros? tunante!
CHICO. Yo? No señor!...
INSP. Pues quién te los ha dado?
CHICO. Nadie! Yo que me los he encontrado.
NSP. Mientes! Dónde te los has encontrado?
CHICO. Yo... ahí... en...
INSP. Lo ves como los has quitado...
CHICO. No, señor, no le he quitado á nadie nada! Me los han dado!
INSP. Quién?
CHICO. Un hombre.
INSP. Y por qué? Algun favor le habrás tu hecho.
CHICO. Yo, casi nada. Me dijo:—Muchacho, te quieres ganar cinco duros?—Yo lo creo!—le dije yo.—Pues mira: ves aquella puerta?... pues cuando oigas un silbido muy largo, das cinco golpes y repique, estás? Y cada vez que silbe haces lo mismo; y en cuanto oigas que baja alguien te marchas. Has entendido?—Sí, señor.—Pues toma! Y me dió los cinco duros.
INSP. Y tú?
CHICO. Hice lo que me mandó!
INSP. Y no viste nada mas?
CHICO. No, señor; llamé tres veces que silbaron, y cuando sentí que bajaban, me largué!
INSP. Y dónde te mandó llamar?
CHICO. Ahí, en la casa donde vive el señor Anselmo.

INSP. Y qué hora seria?... Te acuerdas?

CHICO. Serian poco mas de las nueve, porque hacia un rato que habian salido los serenos.

INSP. (Eso es!) (Mirando la nota.) Dime, conoces al señor Frasquito?

CHICO. El que vive en la misma casa del señor Anselmo?... Un poco.

INSP. No fué él, el que te mandó...

CHICO. No, señor!...

INSP. (Ha sido el compañero.) Bien, márchate... y dále los cinco duros á tu madre, que mas falta le harán á ella que á tí.

CHICO. Eso es! Y yo me voy á quedar sin nada.

INSP. Y tú, para qué quieres ese dinero?

CHICO. Para comprar un peon.

PERICO. Carillo me parece.

INSP. Toma una peseta para el peon. Y cuenta que yo he de saber si le entregas á tu madre los cinco duros!... y como no, vas á la prevencion, y despues...

CHICO. Sí, señor, sí, señor que se los daré! Vaya, quede usted con Dios! (Váse.)

INSP. Adios!

PERICO. Cinco golpes y repique!... es á la misma habitacion del señor Anselmo.

INSP. Ya lo sé.

PERICO. Qué será eso?

INSP. Ya lo sabrás.

PERICO. Y diga usted, señor Inspector, esta misma noche le pondrán en libertad, porque eso debe ser una equivocacion: usted no sabe el efecto que ha causado en e barrio la prision del señor Anselmo. No hay una persona que no le tenga algo que agradecer.

INSP. Así lo creo, pero se ha recibido un anónimo en el Gobierno civil diciendo que distribuye dinero entre los del barrio para incitarlos á la revolucion, y como los rumores de trastornos no cesan...

PERICO. Eso es alguna mala voluntad...

INSP. Pues hoy mismo le ha dado dos mil reales á la mujer de Miguel, y Miguel me parece un pájaro de cuenta!

PERICO. Pero no sabe usted para qué ha sido?

INSP. Para qué?

PERICO. Para que se mude del barrio. Ella misma me lo acaba de decir... Se enteró de lo que ha pasado esta mañana con el pan... y los quiere echar de aquí...

INSP. De veras?...

PERICO. No le digo á usted que me lo ha dicho ella misma!

INSP. Oh, sí! Esa debe ser la verdad!

PERICO. Ya lo creo que lo es!...

INSP. (Leyendo.) «Frasquito, á las doce y media con un caballero»... Frasquito te ha dado alimento para esta noche... Por cierto que me da en qué pensar!... Oye, Perico, no te vayas á casa todavia! Da unas cuantas vueltas por ahí, que me parece que no te ha de faltar qué hacer. Espérame hasta que vuelva, voy á ver al señor Anselmo, necesito hablarle... (Váse.)

PERICO. Corriente... Pues hasta luego. Cuando yo decia que esta era noche de acontecimientos!... (Figura ver un caballero por una de las calles de la izquierda, y desaparece diciendo:) Caballero, me da usted una limosna por amor de Dios!

ESCENA VII.

ERNESTO, FRASQUITO y á poco ANTONIO, por la segunda calle, derecha. Pausa. Atraviesa un SERENO.

ERN. Ya lo sabes! Estás en todo!

FRASQ. En todo! Á las cinco de la mañana en punto se arma la gorda!

ERN. Y Antonio nos sigue?

FRASQ. Sí. (Mirando.)

ERN. Llámale. (Frasquito se acerca á la esquina y silba bajo. Á poco Antonio.) Dices que habrá próximamente tres mil fusiles?

FRASQ. Sí, señor, ya sabe usted que nos quitaron trescientos...

ERN. Ya lo sé.

FRASQ. Son lo bastante... Y á mas, armas blancas, todas las que se quieran.

ERN. No faltará ninguno?

FRASQ. Ninguno! La gente que hay comprometida no falta á su palabra.

ANT. (Saliendo.) Señor!

ERN. Ponte ese sombrero, torpe! (Antonio lo hace.) Has oido algo?

ANT. Sí, señor! Por todas partes se habla de la prision de ese hombre!... Todos estan descontentos.

ERN. Pero es tanta su influencia con esa gente? (Á Frasquito.)

FRASQ. Vaya! No lo sabe usted bien! Y eso nos viene de molde. Los ánimos estarán mas exaltados, y eso contribuirá al logro de sus planes de usted.

ERN. Sigue tu exploracion. (Á Antonio, que se va.) Creo que he dado un gran paso! Estoy satisfecho!

FRASQ. Qué?

ERN. He hecho que vaya ese chico, Pepe, el pintor, á ver al Gobernador con una carta mia y le pondrán en libertad esta misma noche.

FRASQ. Pepe! el novio de la niña! Le conocia á usted!

ERN. Le he conocido hace poco, fué á pedir proteccion para el señor Anselmo á casa de una señora amiga mia, y esta me lo presentó, le oí hablar de las cualidades de ese hombre, de lo querido que es por estos sitios, y al momento concebí la idea que te he dicho. Yo necesito que ese hombre se ponga al frente del movimiento!

FRASQ. Quién, el señor Anselmo!

ERN. Sí.

FRASQ. Imposible!

ERN. Bah! Yo le convenceré!

FRASQ. Le va usted á hablar?

ERN. Sí.

FRASQ. Y si le conoce?

ERN. Cá! Yo vivia entonces retirado de la córte, y él no me ha visto jamás! Es preciso; su influencia conmoveria al

pueblo, y oye... una vez ya comenzada la cosa... te manejas de modo que una bala perdida... se la encuentre en un buen sitio!... Has comprendido?

FRASQ. Ya, ese es el mejor medio de deshacerse de él. Y el de menos responsabilidad... Quién sabe?... Estas ocasiones son de molde para eso.

ESCENA VIII.

DICHOS y PERICO.

PERICO. Caballeros, una limosna por amor de Dios!

FRASQ. Otra vez por aquí, Perico? no duermes esta noche?

PERICO. Calla, que son ustedes? Sí, ya voy de retirada... Vaya, buenas noches, caballeros... (Pues señor, Frasquito va á ocupar esta noche toda mi cartera.) (Váse.)

ERN. Qué hombre tan particular! Me da en qué pensar tanta ligereza! Este hombre!...

FRASQ. Bah! Si es un infeliz... Le conozco bien!

ERN. Voy á recorrer los otros puntos! Á la primera campanada de las cinco...

FRASQ. Descuide usted!

ERN. No olvides el plan! cada cual por su lado á reunirse en la Puerta del Sol. Confianza! Y no hay que temer por el éxito. El movimiento estallará á la misma hora en todos los barrios. Dále tus instrucciones á Antonio, y á trabajar, á trabajar con entusiasmo y fe, que esto será lo último que trabajeis... (Y tanto!)

FRASQ. Gracias, señor.

ERN. En adelante á holgar y á vivir con descanso y comodidad.

FRASQ. Ya sabe usted que yo me porto bien en todo. No quedará descontento, yo se lo aseguro.

ERN. Adios. (Váse Ernesto: Frasquito se aproxima á una boca-calle, silba del mismo modo que antes y aparece Antonio.)

ANT. Qué hay?

FRASQ. Á las cinco en punto!...

ANT. Me parece que esto va á salir mal!

FRASQ. Por qué?

ANT. Esto se ha precipitado... y quién sabe...

FRASQ. No seas tonto! Si salimos mal, él nos salvará como otras veces, por su interés! Y si salimos bien! Si salimos bien, el mundo será nuestro! Antoñillo! manos á la obra!

ANT. Vamos allá!

FRASQ. Te vas á ver á Dionisio, estás? que prevenga su gente, y á la hora en punto á la calle! Ya sabeis dónde estan las armas!... Lo primero...

ANT. Ya lo sé.

FRASQ. Yo me voy por este lado á disponer á los mios... Conque hasta luego!

ANT. Hasta luego. (Antonio se marcha por la primera calle de la derecha y Frasquito por la izquierda. Durante la escena de los dos, Perico ha asomado la cabeza por la segunda calle de la derecha; al ver que se separan, sale, se dirige á la calle por donde se marchó Antonio, se para un momento y se va por donde se fué Frasquito, diciendo:)

PERICO. No; mejor es á este!

ESCENA IX.

Pausa. Atraviesa un SERENO; al desaparecer sale PEPE y le llama.

PEPE. Gregorio! Gregorio! (Agitado.)

SERENO. Qué quieres, hombre?

PEPE. Has visto al Inspector?

SERENO. Hace media hora le he visto por aquí mismo.

PEPE. Sabes dónde estará?

SERENO. Nun sé! En la inspeccion debe estar.

PEPE. No está, vengo de allí!

SERENO. Entonces nun sé!...

PEPE. Por vida!... Dónde encontrarle!

SERENO. Adios, hombre!

PEPE. Adios!

SERENO. Que no haya novedad! (Váse el sereno.)

PEPE. Dónde estará este hombre, Dios mio! Sin él no puedo

hacer nada! (Sale Perico tarareando lo que sigue. Al ver á Pepe se dirige á él.)

PERICO. Pues señor, ruede, ruede la bola; que esta noche se arma la gorda! Caballero, me da usted una limosna!...

PEPE. Perico!

PERICO. Cálla! eres tú, Pepillo! Esta noche anda toda la gente suelta)

PEPE. Sabes dónde está el Inspector?

PERICO. Ha ido á hablar con el señor Anselmo.

PEPE. De veras? Ah! entonces estará allí! voy corriendo...

PERICO. Espérate, hombre!

PEPE. Qué me he de esperar! si voy á que lo pongan en libertad!

PERICO. Es verdad?

PEPE. Y sin entregarle esto al señor Inspector, no puede ser.

PERICO. Y qué es eso?

PEPE. Un oficio para él, y dentro la órden para que suelten al señor Anselmo... Adios! adios!

PERICO. Pero oye, tú! ven acá! Hace un rato que se fué, y no debe tardar; tiene que venir aquí. Si tú vas por una calle y él viene por otra, no le vas á encontrar en toda la noche.

PEPE. Es verdad!

PERICO. Conque en libertad! Cuánto me alegro! Cuando yo decia que no podia ser! Y que esta misma... Y cómo te has compuesto?

PEPE. Me fuí á la casa donde estoy trabajando, que la señora parece que me quiere un poco; la dije lo que habia ocurrido, ella tiene muy buenas relaciones, me llevó á ver á un señor que es muy amigo suyo, y este me puso cuatro letras para el señor gobernador; me fuí allá, y en seguida me han dado esta órden para el Inspector del barrio.

PERICO. Vaya, hombre, vaya!

PEPE. Luego tengo que ir con el señor Anselmo á darle las gracias á ese caballero.

PERICO. Á darle las gracias esta misma noche! Pues hombre,

mañana puede ir!

PEPE. No; me dijo que le llevara esta misma noche en seguida que le saquen del Saladero... que tiene que hablarle con precision.

PERICO. Entonces!... (Esto tambien tiene algo de chocante!) (Perico apunta.)

PEPE. Qué haces?

PERICO. Nada! Es la cuenta de la lavandera, se me olvidaban unos calzoncillos... y...

PEPE. Lo del señor Anselmo ya está! Ahora falta lo otro, que es lo mas principal para mí!

PERICO. Qué?

PEPE. La Micaela!

PERICO. Pues qué?

PEPE. No te has enterado?...

PERICO. No.

PEPE. Si tambien se la han llevado esta noche!

PERICO. Al Saladero?

PEPE. Qué! hombre! No se sabe dónde!

PERICO. Cómo!

PEPE. La han robado!

PERICO. Robado!

PEPE. Sí! Tambien se lo he dicho á ese caballero que me ha ayudado para esto; pero por la Micaela no se ha tomado tanto interés, y me ha dicho que mañana... Ah! señor Inspector!... (Figura verle por la primera calle de la derecha y se entra; un instante despues sale con él. Perico mientras tanto tararea y apunta en la cartera.)

PERICO. Pues, señor, ruede,
ruede la bola,
que esta noche se arma
la gorda!
Otra hoja de noticias y buenas! Vaya si son buenas!

ESCENA IX.

PEPE, el INSPECTOR y PERICO.

PEPE. Tome usted, tome usted, señor Inspector! y vamos corriendo..

INSP. Á dónde?

PEPE. Al Saladero!

INSP. Si vengo de allí.

PEPE. Pues vamos otra vez! tome usted! tome usted. (Le entrega el oficio; el Inspector lo abre y lee á la luz del farol.)

INSP. «El Inspector del distrito pasará á la cárcel del Saladero con la adjunta órden de libertad para el llamado Anselmo; á pesar de esto, se la recomienda mucho la vigilancia de este sujeto, hasta tanto que se esclarezcan ciertos rumores.» Vamos! Vamos allá!

PEPE. Señor Inspector... Y de Micaela, sabe usted algo?

INSP. Bastante!

PEPE. De veras? (Muy contento.)

INSP. Aun no sé dónde se halla, pero no tardaré en averiguarlo.

PEPE. Ay, señor Inspector; si pudiera usted hacer que estuviera en casa para cuando vuelva el señor Anselmo!

INSP. Hombre! Pronto me parece!

PEPE. Tengo yo que llevarle antes á ver á un caballero... y le entretendré lo que pueda! El infeliz, cuando le prendieron, no se dió cuenta de lo que le pasaba! Y si al volver á casa no se la encuentra!...

INSP. Ya veremos!...

PEPE. Por Dios, no lo deje usted de la mano.

INSP. Qué has hecho, Perico. Ha ocurrido algo?

PERICO. Nada! Una friolera! otra hoja llena!

INSP. Dame acá! (Lee.) Qué es esto? Esto es mas grave de lo que parece. No te muevas de aquí, Perico, yo vuelvo en seguida! (Vuelve á mirar la nota.) Ah! ya sé dónde está!

PEPE. Quién?

INSP. Nada, nada. Vamos...

PEPE. Vamos.

INSP. Corre delante á ver si me encuentras (Á Pepe.) un coche! necesito ganar tiempo. (Pe pe se va.)

PERICO. Que no tarde usted, que me parece que hay que hacer mucho!

INSP. Ya lo sé. Adios. Al instante estoy aquí. (Váse por la derecha. Perico tarareando por la izquierda.)

PERICO. Pues, señor, ruede,
ruede la bola,
que esta noche se arma
la gorda!

* Pues señor, noche toledana! hace cuatro meses que acepté este empleillo que me proporciona defender á las personas honradas de mi barrio, y limpiarlo de los advenedizos que lo desacreditan; pero esta noche he visto revolotear por aquí dos ó tres *pájaros gordos* de esos que levantan de cascos á mis vecinos, y despues les echan la culpa de todas las desgracias, y de todo lo malo, dando lugar á que las gentes de alto copete, digan: la calle de Toledo! La calle de Toledo! cuidado con la calle de Toledo: vamos se me enciende la sangre cuando!... ¿qué saben ellos lo que es la calle de Toledo!! lo que se encuentra á cada paso en la calle de Toledo, son corazones duros como el diamante y limpios como el cristal de la Granja: eso, eso es lo que se encuentra debajo de las chaquetas de la calle de Toledo! para cada pillo cien hombres honrados y de rumbo!! Sí señor, y lo digo yo que he nacido en la Fuentecilla y conozco la tela!!! Ea, ea, Perico, adelante con la pata.

---

* Este monólogo es original del actor D. Mariano Fernandez.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del segundo.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO.

Es preciso confesar que tengo una cabeza bien organizada! En unas cuantas horas he realizado todo cuanto deseaba! Ella en mi casa! Él en la cárcel! sale porque le necesito; pero en cuanto me sirva le preparo otra cosa mas silenciosa... Frasquito, Miguel y Antonio, tambien caerán mañana; la revolucion triunfa y héme aquí deshecho de todos mis cómplices, poseedor de una inmensa fortuna... y las riendas del gobierno en mi poder! Vamos! Vamos! De algo ha de servir el talento!

ESCENA II.

DICHO y SANDOVAL.

ERN. Hola! Estás aquí!

SAND. He venido á la hora en punto que te dije, pero no estabas. No me atreví á dejar el artículo á nadie por

temor... ya puedes figurarte!...

ERN. Sí, sí...

SAND. He estado en el casino, ya te habias marchado... y si ha de salir mañana...

ERN. No! Creo que no será necesario!

SAND. Ya no puede salir mañana. Es verdad, es muy tarde; pero no ha sido mia la culpa.

ERN. No es eso.

SAND. Pues qué...

ERN. Mañana saldrá el artículo... pero no ese. Es un artículo de otra especie.

SAND. Qué quieres decir?

ERN. Nada...

SAND. Reservado conmigo.

ERN. No, poco tardarás en saberlo, faltan pocas horas...

SAND. Qué tramas! qué tramas! revoltoso entre los revoltosos!...

ERN. Nada! Ya verás...

SAND. Oh! debe ser cosa buena! Porque tu cabeza!... Es mucha cabeza la tuya!

ERN. (Las dos!) (Suenan las dos.) Deseas ver á Enriqueta... no es verdad?

SAND. Yo... sí...

ERN. Pues bien, pasa...

SAND. Hombre, pero á estas horas?...

ERN. Si sabes que no se retira hasta el amanecer!... Ademas que tú eres bien recibido de ella á cualquier hora... Pasa... pasa...

SAND. Esto es echarme de aquí con finura. (Váse puerta secreta.)

ERN. Qué impaciencia! Cada minuto me parece un siglo! Ya no debe tardar ese hombre! Oh! no! nada hay que temer! La ocasion no puede ser mas oportuna! Saldrá bien, no hay cuidado! Pero esa gente! Oh, no faltarán! Ese barrio de Toledo es mi esperanza!

ESCENA III.

DICHO y FRASQUITO, agitado.

FRASQ. Señor... señor...

ERN. Qué hay! parece que vienes agitado!... qué pasa!

FRASQ. Creo que fracasa vuestro plan.

ERN. Qué?

FRASQ. Dicen la mayor parte, que esto es precipitar los sucesos... y que ademas no hay un jefe conocido á la cabeza!... Una persona en quien ellos tengan confianza!

ERN. Imbécil! Qué jefe!... ni qué!... Qué falta hace!

FRRSQ. Pues sin él, creo que no hacen nada.

ERN. Y en estos momentos te presentas con eso!

FRASQ. Y qué quereis?

ERN. Pues y todo el dinero que has empleado! Toma, toma mas! dales cuanto pidan.

FRASQ. No! si no quieren dinero! Aquella gente no se echa á la calle por dinero! Sino por sus ideas y sus propias convicciones. Estan muy disgustados, es verdad; pero dircen que lanzarse así de pronto, y sin ninguna probabilidad de buen éxito!...

ERN. Pues no te he dicho que las tenemos todas!

FRASQ. Sí, pero á mí no me creen! Y si ellos vieran alguno de esos hombres en quien tienen confianza!...

ERN. Marcha! marcha! Corriendo! Diles que pronto tendrán un jefe! Un jefe á quien obedecerán ciegamente! Y por quien se dejarán matar!

FRASQ. Quién?

ERN. No te importa por ahora. Ya lo sabrás!

FRASQ. Pero si no les digo quién es, cómo quereis que los tranquilice... y que se preparen!... Faltan tres horas...

ERN. Rayo de Dios! El señor Anselmo!

FRASQ. El señor Anselmo!

ERN. Te parece bueno!

FRASQ. Pero el señor Anselmo no es hombre político! Oh! Pero

no importa, le quieren tanto, que viéndole á su frente, creerian santa la revolucion!... Pero...

ERN. Qué?

FRASQ. Ya os dije que me parecia que no conseguiais del señor Anselmo!... y sigo en mi creencia...

ERN. Qué sabes tú? marcha inmediatamente, que no transcurre media hora sin que esté allí.

FRASQ. Allá voy... (Váse.)

ERN. El señor Anselmo!... Por muy escrupuloso que sea!... el oro todo lo puede... Le convenceré, oh! bien seguro estoy! Le ofreceré cuanto poseo, que despues!... Oh! Y si aun resiste, tengo un medio de obligarle!... Pero esto en último caso!... No quiero por ahora traer aquellos recuerdos á mi imaginacion!... Lo primero es conseguir mi propósito en la actualidad, que despues, no tardaré mucho en deshacerme de él y de la niña! Ella está allí... y él... Oh! pero tarda! tarda y el tiempo vuela! Si tendré yo mismo que ir á ponerme al frente! Oh! á mí no me conocen... No importa!... les llevaré oro!... y despues que los haya hecho lanzarse á la calle, me retiro y espero en casa los resultados. Pero no, no! nadie mejor que el señor Anselmo!... Oh! Siento ruido! Él es!

ESCENA IV.

DICHO y un LACAYO, á poco ANSELMO y PEPE.

LACAYO. Señor! (Aparece á la puerta.)

ERN. Que pase! que pase!

LACAYO. Es que!...

ERN. Que pase, imbécil! Por aqui, señor Anselmo, adelante!... (Aparece el señor Anselmo acompañado de Pepe. El criado se retira.)

ANS. Caballero... aun cuando la hora no me parece á propósito, Pepe me ha dicho que indispensablemente queriais verme á la salida de mi prision!... Y vengo á po-

nerme á vuestras órdenes, al mismo tiempo que os doy las gracias por vuestra conducta conmigo!

ERN. Pepe, deseo hablar al señor Anselmo á solas!

ANS. Pero caballero, tan grave es lo que teneis que decirme; Pepe no ignora nada de lo que á mí me pasa, es un buen muchacho.

ERN. Ya lo sé; pero...

PEPE. Sí, señor Anselmo, quédese usted un rato con este caballero!... Yo voy corriendo á tranquilizar á Micaela!.. (No me he atrevido á decirle la verdad!) Yo volveré por usted, es muy tarde, y no quiero que vaya usted solo!

ANS. Bien!

PEPE. (Bajo á Ernesto.) Por Dios, no le diga usted nada del robo de su hija!

ERN. Descuidad.

PEPE. Y no le deje usted salir hasta que yo vuelva. Voy con el Inspector á ver si la encontramos, y luego que esté en casa, vendré por él... y así no se enterará...

ERN. Bien, bien... Adios...

ANS. (Notando que los dos habian recatándose de él.) (Qué quiere decir esto?) Pepe, vuelve pronto... que por largo que sea lo que tiene que decirme este caballero...

PEPE. Sí, sí, en seguida. (Váse.)

ESCENA V.

ANSELMO y ERNESTO: este mira á los lados y cierra la puerta del foro.

ERN. Sentaos, señor Anselmo, debeis estar fatigado...

ANS. Caballero, extraño tanto estas precauciones... y este misterio, que la verdad ..

ERN. Hacedme el gusto de sentaros.

ANS. Bien.

ERN. (Despues de un momento.) Señor Anselmo, estoy en uno de esos momentos terribles que los hombres tienen en la vida! Y vos podeis, no solo evitar mi angustia, y tal vez mi desesperacion y mi ruina, sino hacerme el hombre

mas feliz y mas afortunado de la tierra!

ANS. Yo!

ERN. Vos!

ANS. Os ruego que os expliqueis!...

ERN. Á eso voy! Señor Anselmo, qué tal es vuestra posicion?...

ANS. Mi posicion! Esa pregunta!...

ERN. Os suplico que me contesteis...

ANS. Caballero, mi posicion es completamente independiente... (Adónde irá á parar!)

ERN. Pero bien; no ambicionais nada en el mundo! No teneis ningun sueño que realizar!

ANS. Sueños! Á mi edad!...

ERN. Pues qué! Dicen que el corazon no envejece!... Y á nuestra edad por lo menos, es cuando mas se despierta el deseo á la tranquilidad... á las comodidades!...

ANS. Comodidades! Tengo cuantas necesito!...

ERN. Se desea la familia!...

ANS. La tengo!

ERN. Sí? Creia que erais solo!

ANS. No, señor; tengo una hija que el cielo me ha otorgado para mi ventura, y que es el complemento de toda mi dicha.

ERN. Y dónde está?

ANS. Á mi lado siempre!

ERN. (Sí!) Y decidme... la política no ha ocupado jamás vuestro pensamiento!

ANS. La política! Qué quereis decir?

ERN. Vos, si ahora por vuestra edad deseais la tranquilidad y el reposo, en otra época habreis tenido una opinion!...

ANS. Yo! sí.

ERN. Cuál?

ANS. Caballero! No puedo toleraros preguntas de esa naturaleza... y os suplico que termineis, ó me veré precisado á marcharme.

ERN. Oh! señor Anselmo, perdonadme! Es tan delicado el asunto de que voy á tratar... que...

ANS. Por piedad, os ruego de que concluyais!... Estoy impaciente por ver á mi hija!...

ERN. Oh! Ya la vereis. Señor Anselmo! Yo soy un hombre de gobierno! Un hombre político! Las luchas de los partidos y las agitaciones contínuas de ese mundo especial que se llama política, han hecho asomar las arrugas á mi frente y las canas á mi cabeza, tal vez antes de tiempo! Ese mundo me absorbe por completo! No soy dueño de mí mismo! Y no tengo mas que un solo pensamiento! Una sola ambicion! El mando! El mando para hacer el bien de mi pais, y para librar á los pueblos del yugo de los tiranos!

ANS. Caballero, no puedo adivinar adonde vais á parar... y os ruego termineis pronto.

ERN. Pues bien: el logro de todos mis sueños... la realizacion de todos mis planes... estan próximos!... No necesito mas que de vos!

ANS. De mí!

ERN. De vos! señor Anselmo! Quereis poneros á la cabeza de un puñado de valientes á quienes vuestra sola presencia convertirá en héroes, y que por vos derramarán hasta la última gota de su sangre!

ANS. Qué quereis decir?

ERN. Se trata de vuestros barrios!

ANS. De mis barrios!

ERN. Sí! Á las cinco en punto de la mañana, esos valientes se lanzarán á la calle al noble grito de la causa santa!

ANS. Á las cinco de la mañana!...

ERN. Solo faltan tres horas!

ANS. Oh! Infelices! (Levantándose.)

ERN. Qué!

ANS. Conque es cierto! Aquellos rumores de próximos trastornos!...

ERN. Eran positivos!

ANS. El dinero que segun todos se distribuia!...

ERN. Yo! Yo que he invertido cuantiosas sumas!

ANS. Vos! Y qué! Pensais que vais á conseguir vuestros pro-

yectos! Y no conoceis otro medio de alcanzar el poder, que vertiendo la sangre de millares de inocentes! Es ese el camino de los hombres honrados para llegar á la cumbre de sus esperanzas!

ERN. Qué!

ANS. Y por vos, se va á derramar dentro de algunas horas la sangre de esos infelices! Oh! Pero yo estoy aquí! Gracias, Dios mio! Gracias, por haberme puesto en camino de salvarlos! Mi sola presencia bastará! Decis bien! Pero será para hacerles comprender la verdad! Para convencerles de que solo van á servir de instrumento á las mezquinas ambiciones de un revoltoso.

ERN. Señor Anselmo!

ANS. Qué! Miradme bien! Aquí me teneis frente á frente! El hombre que usa de tales medios para ese fin! Aquel que para subir las escaleras del poder tiene que ir embazando sus pies en charcos de sangre! no puede ser un hombre de gobierno! No puede ser un hombre político! y sí solo un hombre sin fe, sin creencias, dominado por una ambicion mezquina!... Un hombre... como vos, en fin!

ERN. Oh! (Dominándose.) Señor Anselmo, estais viendo con cuánta paciencia tolero vuestros insultos. No me obligueis por la fuerza á conseguir lo que espero por medios templados.

ANS. No os entiendo!... Qué decis!...

ERN. Nada!... Pensad vuestra decision! Consultad vuestra conciencia!... y despues mirad lo que resolveis!

ANS. Mi conciencia!

ERN. Sí! No teneis ningun remordimiento!

ANS. Remordimientos yo!

ERN. Es vuestra existencia tan tranquila como aparenta? Reflexionad un instante! y haced cuenta que soy dueño de vuestro secreto! Mirad cuán interesado estais en no contrariarme! Todas las personas de quienes me valgo tienen mas interés que yo en ocultar mis planes! Y pensais que yo iba á ser tan inocente, que sin tener

en mis manos vuestra existencia!...

ANS. Qué!

ERN. Iba á depositar en vos mi confianza y á haceros dueño de mi secreto! Qué imbécil sois!

ANS. Acabad! No puedo darme razon de lo que hablais!...

ERN. Decidme! Por qué vives casi retirado del mundo, frecuentando una sociedad que no es la vuestra, y educando á vuestra hija como una modesta trabajadora! Por qué aparentais ser pobre?... Cuando teneis si no una gran fortuna, al menos lo suficiente para alternar en la misma sociedad de siempre, y educar á vuestra hija con el esmero que debiera estarlo! Por qué Anselmo Contreras, el amigo de confianza del Baron del Lago, su hermano como él le llamaba!... por qué vive en una miserable habitacion de la calle de Toledo?... retirado de todos y oculto siempre á las miradas de las personas que puedan conocerle? (Anselmo mirará á Ernesto con una expresion de espanto y extrañeza que irá creciendo á medida que Ernesto habla.) Pues bien! Ese misterio de vuestra existencia... yo lo poseo! Quereis que os lo diga!

ANS. Sí! sí!

ERN. Pues oid! Vivis de ese modo porque habeis cometido un crímen! un crímen horrible!

ANS. Yo!...

ERN. Vos, que desde vuestro nacimiento estuvisteis al lado del Baron del Lago! Vos, que crecisteis á su lado! á quien llamaba su hermano; á quien honraba y distinguia con su confianza! Vos, el hijo de un (Con desprecio.) antiguo mayordomo de su familia!... Cómo pagasteis tantos beneficios! tantas atenciones! Decid; cómo las pagasteis, infame? (La agitacion de Anselmo va creciendo ferozmente.)

ANS. Acabad!

ERN. Os acordais del trece de junio de mil ochocientos cuarenta y ocho! Pues ese dia, Anselmo Contreras asesinó y robó á su señor, con la esperanza de poseer sus riquezas!

ANS. Yo!! (Con la expresion de un trigre.)

ERN. Esa á quien llamais vuestra hija no lo es!

ANS. Dios! Quién sois! (Cogiéndole de un brazo.) Quién sois! Vuestro nombre! decidme vuestro nombre!

ERN. Ernesto Mendoza.

ANS. Ah!

ERN. Cómo gozo en tu tormento!... Y ahora te negarás á obedecerme!... (Anselmo, despues de una lucha terrible consigo mismo, parece dominarse, y dice á Ernesto con una calma feroz.)

ANS. Infame! No estás aun satisfecho de tu obra, y quieres achacarme un crímen que es tuyo! Sí! tuyo! Oye, miserable! oye! El trece de junio de mil ochocientos cuarenta y ocho, tres hombres enmascarados penetraron en el aposento de mi señor, que estaba solo, le asesinaron, y buscaron despues á su hija para hacer lo mismo! El baron en la lucha que sostuvo dejó caer la careta de uno de ellos! Quereis que os diga quien es! Vos!

ERN. Yo?

ANS. Vos, su único pariente desapareciendo la niña! Vos, que quisisteis apropiaros todos sus bienes, aunque para ello tuvieseis que asesinar al padre y á la hija! Pero hay una Providencia! Ernesto Mendoza! Y esa Providencia dispuso que la hija no estuviese allí en aquel momento! y que el padre, á pesar de sus tres asesinos, no muriese en el acto!

ERN. Qué! (Espantado.)

ANS. Sí, Ernesto de Mendoza! Sí! Cuando yo llegué se habia arrastrado revolcándose en su propia sangre hasta su despacho!

ERN. Qué decis!

ANS. Me le encontré tendido en el suelo y allí, allí, supe la verdad!

ERN. La verdad!...

ANS. Oh! sí! La verdad!... que aun cuando yo no estuviese convencido de ella, bastaria la expresion de vuestro semblante para declararla! (Ernesto se repone y procura

sonreirse.) Os sonreis!...

ERN. Pues qué he de hacer?... Esa será la verdad! Bien! Supongamos que lo es! Y por qué no os habeis atrevido á declararla?

ANS. Por qué! Porque he querido cumplir hasta el último trance la voluntad del Baron!

ERN. Bien, pero como al asesinato siguió la desaparicion vuestra, y la falta de sus alhajas y dinero, los tribunanales no se atuvieron á esa verdad que vos decis, y si solo á la que dimanaba de los hechos! La que dió por resultado vuestra sentencia! Sentencia que nada puede revocar! y que se cumplirá cuando yo os presente á la accion de la justicia!

ANS. Esa sentencia será revocada el dia que á mí me convenga!

ERN. Cómo! Y creeis que ahora van á dar crédito á vuestras palabras! (Sonriéndose.)

ANS. (Con una sangre fria espantosa, y despues de mirarle un momento.) Á mis palabras!... Sois muy cándido, señor Ernesto Mendoza... Pues no os he dicho que el Baron llegó revolcándose en su sangre propia, hasta su despacho!...

ERN. Y qué... (Temblando de comprender lo que quiere decir Anselmo.)

ANS. Qué! Que cuando yo llegué ya habia dejado de existir... de modo que todo cuanto os he dicho mal pudo él contármelo!... Y yo lo sé porque lo escribió!

ERN. Lo escribió! (Aterrado.)

ANS. Lo escribió!... y lo firmó!... Por qué no os sonreis ahora, señor Mendoza!... (Anselmo lo mira con una expresion terrible: Ernesto permanece aterrado, y despues de un instante exclama.)

ERN. Oh! pero eso no puede ser! habeis querido aterrarme! No lo creo!

ANS. Pues bien! Voy á convenceros, mirad. (Ernesto le mira con un temblor y un espanto indecible. Anselmo con una calma que contraste con la actitud de Ernesto, se desabrocha la camisa,

y de una bolsita que llevará pendiente al cuello á modo de escapulario, saca un papel. Ernesto irá siguiendo con un espanto creciente todos los movimientos de Anselmo. Este, despues de tener el papel en las manos, lo desdobla, mira un momento á Ernesto, se acerca á él muy pausadamente, le coge de un brazo, teniendo el papel en la otra mano, y retirándolo como temeroso de que se lo arrebate, dice á Ernesto con voz terrible.) Miradle! Miradle salpicado con la sangre de vuestra víctima! Hace diez y seis años que no se ha separado un momento de donde lo habeis visto! Oid! (Lee.) «Muero asesinado! La Providencia ha hecho que mi hija, á quien tambien buscaban mis asesinos para matarla, haya salido con mi buen Anselmo!... Tres hombres enmascarados han penetrado en mi habitacion! He reconocido á mi único pariente Ernesto de Mendoza! Anselmo! para tí escribo!... Toma mis alhajas, todo el dinero que tengo en casa... ocúltate con mi hija! Huye siempre de mi feroz asesino!... Y deja á la Providencia el castigo de los culpables! Me muero! Adios!—El Baron del Lago.» Y ahora os convenceis!

ERN. Y has tenido la imprudencia de enseñarme semejante papel! Oh! Imbécil! Tiembla! Lo oyes! Estamos solos!... solos!... Y voy á arrancarte ese escrito al propio tiempo que la existencia!...

ANS. Qué!!

ERN. Y despues!... Oh! Sabes á quién tengo en mi poder, sabes quién está ahí!... ahí... en ese cuarto!... Pues bien! ahí está esa á quien llamas tu hija!...

ANS. Mi hija!...

ERN. La del baron! La heredera de la inmensa fortuna que yo poseo!... Y que puedes comprender no estoy dispuesto á soltar!

ANS. Mi hija! Mi hija! Micaela!... Micaela!... (Mientras Anselmo la llama, Ernesto se dirige á su mesa y saca una pistola.)

ERN. Oh! Miserable!. . Muere!... Monta la pistola en el mismo momento que aparece á la puerta del foro el Inspector, Perico, Pepe y dos guardias. Ernesto trata de reponerse y procura ocul—

...r la pistola.)

ESCENA VI.

DICHOS, el INSPECTOR, PEPE, PERICO y dos GUARDIAS: á poco MICAELA.

PERICO. Aquí está, aquí está, señor Inspector.

ERN. Quién!

PERICO. Caballero, me da usted una limosna...

INSP. Aparta.—Señor Esnesto Mendoza, daos preso!

ERN. Yo!

INSP. Vos!

ERN. Oh! Qué es esto! Me han vendido!...

INSP. No! aun cuando estan presos todos vuestros cómplices... No ha sido necesario que os delaten... Porque á pesar de vuestro talento para ciertos planes, la precipitacion tal vez, os ha hecho ser poco previsor en esta ocasion...

ERN. Qué!...

INSP. Señor Mendoza... Conoceis este papel?

ERN. Es la carta que entregué á Pepe para que pusieran en libertad...

INSP. Al señor Anselmo? No es verdad? Y este otro le conoceis?... (Ernesto lo mira.) Es el anónimo para que le prendan! El mismo que le delataba pedia un cuarto de hora despues su libertad... La igualdad de la letra ha sido el hilo que ha conducido al ovillo... Entregadme la llave de esa puerta inmediatamente, y marchad delante de esos hombres. Las cinco de la mañana las vais á oir en un paraje muy distinto del que imaginabais! (Ernesto vacila.) Sentiré teneros que obligar por la fuerza!

ERN. Tomad!... (El Inspector entrega la llave á Anselmo, que acompañado de Pepe se dirige á la habitacion.)

INSP. (Á Ernesto.) Marchad!...

ERN. Oh rabia! (Sale, detrás los Guardias)

PERICO. Pero caballero, no me da usted una limosna!...
ANS. Micaela! Micaela! Hija mia!...
MIC. Padre mio! (Echándose en sus brazos.)
ANS. Ah! Tengo que revelaros un secreto!...
INSP. Qué decis!
ANS. (Callad y vamos.) Vámonos hijos mios, vámonos de aquí!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

ANSELMO en su cuarto escribiendo: PERICO paseando por el pasillo y fumando un cigarro.

PERICO. (Canta.) Quien no vive en la calle
de la Paloma,
no sabe lo que es pena
ni lo que es gloria.
Toma piñones,
que me gusta la gracia
con que los *partes*.»
Vaya un tabaco, hombre! El que maneja esto del tabaco, no sabe lo que se pesca. Dentro de poco, ya no le produce nada; nos mata á todos los fumadores y se le acaba la venta. (Vuelve á tararear.)

ANS. Perico! Perico!

PERICO. Qué quiere usted, señor Anselmo!

ANS. Mira, entra, entra aquí, y siéntate.

PERICO. Con mucho gusto, señor Anselmo, yo no me atrevia por si le molestaba á usted.

ANS. Así dejarás de dar vueltas por el pasillo; pareces una pantera.

PERICO. Qué quiere usted; no me puedo estar quieto.

ANS. Qué tal te va en tu nueva casa?

PERICO. Perfectamente! Es un cuarto magnífico! Sabe usted, he tenido que gastarme ocho cuartos en espliego para desahumarlo bien, porque lo mismo era entrar que el olor á tunante mareaba!

ANS. Vivia Frasquito.

PERICO. No señor, Frasquito no vivia, dormia. Venia á acostarse al ser de dia, á las dos de la tarde se marchaba y ya no se le veia el pelo hasta la otra madrugada. Anda, que ahora le harán variar de vida! Creo que ha resultado complicado en un crímen que se cometió hace ya muchos años. (Perico no ha dejado de pasearse.)

ANS. Pero estáte quieto, hombre! Que me mareas.

PERICO. Ya me estoy quieto. La costumbre de correr por ahí Pero ya se acabó, ya no hay que hacer!

ANS. Cómo!

PERICO. Es claro! Muerto el perro se acabó la rabia! Los del barrio no me han dado nunca nada que hacer. Solo que hacia algun tiempo que el señor Inspector le extrañaba ver por aquí á cierta hora gente de cierta... clase y me dió esa ocupacion! Y no ha servido de poco, gracias á mí han caido ahora buenos pájaros, buenos! Pero ningun hombre de bien ha tenido nunca que ver con mis apuntaciones. Del barrio no he apuntado á nadie mas que al señor Miguel, y eso porque la maña que sacó con el pan!...

ANS. El señor Miguel no era del barrio.

PERICO. Ya lo sé; pero hacia dos años que vivia; y vamos, no se decia nada de él que pudiera...

ANS. Buen sujeto está el señor Miguel.

PERICO. Sí, ya sé que está preso, pero le soltarán, me parece bastante la limpia de pan que hicieron en su casa aquel dia...

ANS. No, si no es por eso...

PERICO. Pues por qué...

ANS. Se me cansa la vista y no puedo escribir: quieres ayudarme?

PERICO. Á escribir, con mucho gusto.

ANS. Siéntate aquí (Lo hace sentar donde estaba él.) Mira, empezaremos de nuevo...

PERICO. Sí, mejor será, porque esto que ha puesto usted aquí no lo entienden mas que Dios y usted mientras lo escribe, despues me parece que ni usted tampoco.

ANS. Vamos, toma otro papel y empieza.

PERICO. Ya está.

ANS. Á Ramon Sanchez. (Dictando.)

PERICO. Ha visto usted qué desgracia la de ese pobre hombre! Quemársele la tienda, y nada, no la tenia asegurada. Y se queda en cueros, vamos, lo mismo que su madre lo parió!

ANS. Quieres callar!

PERICO. Y se hizo todo lo que se pudo, yo me metí en medio del fuego, pero nada, no pude salvarle nada!... Yo sí!... Yo saqué unas cuantas quemaduras buenas!

ANS. Pero quieres callar y escribir?

PERICO. Pobre hombre!

ANS. Nada, no callarás!

PERICO. Ya callo. «Á Ramon Sanchez.» Ya está.

ANS. Haz una raya y pon al margen dos mil reales.

PERICO. Al márgen!

ANS. Sí, hombre! aquí...

PERICO. Diez mil reales. Eso ó mas tendria el pobre hombre empleado allí en la tienda. Y qué quiere decir esto?

ANS. Diez mil reales has puesto?

PERICO. Sí señor.

ANS. Á la señora Sebastiana!

PERICO. Hombre, qué malita está la pobre! Yo creo que las lia. Pero si tuviera la pobre mujer con qué asistirse puede que...

ANS. No haces mas que hablar?...

PERICO. Si ya está! «Á la señora Sebastiana...»

ANS. Cuatro mil.

PERICO. Cuatro mil.

ANS. Dónde los vas á poner, hombre! aquí debajo de los diez mil, para poder sumar despues.

PERICO. Sumar, vamos á sumar. Eso lo hará usted, porque la geometria no la entiendo bien.

ANS. Al señor cura de San Millan!...

PERICO. Buen sujeto, hombre, buen sujeto es el señor cura de San Millan... Ya está...

ANS. Para los pobres...

PERICO. Bien, bien, para los pobres!

ANT. No callarás!

PERICO. Ya no chisto!

ANS. Veinte mil reales.

PERICO. Pero qué quiere decir esto!

ANS. Nada!

PERICO. Hombre, sáqueme usted de esta curiosidad!

ANS. Que me han tocado seis mil duros á la loteria y los voy á repartir.

PERICO. Qué! seis mil duros á la loteria! Y que los va usted á repartir! Hombre, esto sí que me choca! Voy á mi cuarto por la cartera para apuntarlo á usted! Conque los va usted á repartir! Bueno, hombre, bueno! (Perico escribe.)

ANS. Qué has puesto ahí?

PERICO. «Á Perico, el pobre ligero...» cuánto? (Leyendo lo que ha escrito.)

ANS. Qué?

PERICO. Que cuánto le pongo á Perico?

ANS. Nada.

PERICO. No puede ser menos.

ANS. Borra eso.

PERICO. Que lo borre! Hombre, qué lástima! Se va á ensuciar el papel!...

ANS. Continua. (Dictando.) «Cuarenta camas completas... veinte mil reales.»

PERICO. Hombre, bien!

ANS. Una es para tí.
PERICO. Hombre, mejor!
ANS. «Á la señora Francisca!»
PERICO. Esa frutera viejecita?
ANS. Seis mil reales...
PERICO. Se muere de alegria si se lo dicen de pronto!
ANS. «Á don Jacinto el boticario.»
PERICO. Hombre honrado á carta cabal!...
ANS. Veinte mil reales.
PERICO. Mire usted, esto sí que no me parece bien! Á don Jacinto, maldita la falta que le...
ANS. Quieres callar!
PERICO. Sí soy muy claro! Esto no está bien!
ANS. No son para él; sino para que dé las medicinas gratis á todo el que se presente con una papeleta del señor cura ó mia.
PERICO. Ah! Vamos! eso sí; eso me parece bien!
ANS. Á ver cuánto hay?
PERICO. Qué?
ANS. Que sumes...
PERICO. Que sume? Allá voy! Cero, mas cero, es cero mas cero es cero. (Pasa á la otra columna.) cero, es cero, mas cero, es cero. Hombre bien! Pues sumo bien, no es verdad? (Pasando á la tercera columna.) Cero, mas cero, es cero, mas cero, es cero. Eh, qué le parece á usted: (Pasando á la otra.) cuatro y seis nueve...
ANS. Qué?
PERICO. Cuatro y seis... (Cuenta por los dedos. Mientras tanto Anselmo toma el papel y figura sumarlo.) espere usted...
ANS. Cuatro mil duros.
PERICO. Cómo! Ya hay cuatro mil duros, es decir, que el que de seis lleva cuatro le quedan dos. (Perico figura escribir.) «Á Perico, el pobre ligero.» cuánto?
ANS. No: si ya no queda nada.
PERICO. Cómo nada!
ANS. Esos dos mil duros son para pagar unos cuadros que he comprado!

PERICO. Dos mil duros ha gastado usted en estampas.

ANS. No: son unos cuadros al óleo de ese chico pintor que se fracturó la pierna..

PERICO. El hijo de la señora que vive en la calle del Humilladero? Ya está casi bueno!

ANS. Cuando lo esté del todo se marcha á estudiar á Roma. Es un artista que honrará á su patria dentro de algunos años.

ESCENA II.

DICHOS, PEPE.

PEPE. Señor Anselmo. Adios, Perico.

PERICO. Adios, Pepe.

ANS. Qué traes.

PEPE. Acabo de saber la sentencia!

ANS. Y qué?

PEPE. Lo que se figuraba todo el mundo, los cuatro van á presidio por toda la vida. Es decir, ese Antonio no hace mas que volver á su casa, porque se habia escapado de allí, y el caballero le protegia y le tenia de criado...

PERICO. Sí, los tunantes se protegen unos á otros.

PEPE. No, pues el don Ernesto no ha sido muy generoso en esta ocasion, porque él mismo ha sido el que ha delatado á sus cómplices.

PERICO. Pues qué quiere usted que le diga, señor Anselmo, á mí me parece que eso es demasiado; es verdad que conspiraban, pero eso no merece tanto rigor...

PEPE. Pero qué dices, si no ha sido por eso!

PERICO. Pues por qué!

PEPE. Porque se ha descubierto que ellos fueron los que asesinaron...

PERICO. Calla! Es en eso, en lo que ha aparecido complicado Frasquito!

PEPE. Frasquito y el señor Miguel!

PERICO. Tambien el señor Miguel!

PEPE. Ellos dos y el don Ernesto fueron los tres asesinos que el año cuarenta y ocho...

PERICO. El año cuarenta y ocho!... Es el asesinato aquel de la Carrera de San Francisco?

ANS. Sí.

PERICO. Pobre señor, bien me acuerdo! Tendria yo veinticuatro años. Pues poco ruido que dió! Ahí, en su mismo palacio lo mataron. Pero si no me acuerdo mal, lo que se decia entonces era que habia sido un amigo suyo, que tambien le habia robado una hija.

ANS. Ese amigo como tú dices se ocultó con la niña; pero fué para evitar que los asesinos del padre hicieran lo mismo con la hija! Eso es lo que se ha probado ahora, y esa es la verdad!

PERICO. Mire usted, mire usted lo que es la opinion pública muchas veces.

ESCENA III.

DICHOS, MICAELA y la SEÑORA RAMONA.

PERICO. Hola, Micaela! buenos dias, señora Ramona.

MIC. Adios, Perico!... Bien, Pepe, bien? No quedamos en que me esperarias á la puerta de la iglesia?

PEPE. Sí; pero leí en un periódico una noticia que le interesaba al señor Anselmo y he venido á contársela.

MIC. Una noticia? No quiero preguntar cuál es, porque se ha empeñado usted en no decirme nada!... Pues mire usted, no me gusta eso! Todos me preguntan lo que pasó y por qué! Y yo no sé decirles una palabra!

RAM. Es verdad! El señor Anselmo es tan reservado, que...

PERICO. Vaya, ustedes estan aquí casi en familia, y yo me voy un ratito por ahí á dar una vuelta.

RAM. Y yo me voy á arreglar la comida, que ya no debe tardar tu padre. Vaya, hasta luego.

PERICO. Con Dios! (Ramona y Perico salen juntos, y se despiden en el pasillo, cada uno se va á su cuarto.)

RAM. Adios, Perico.

PERICO. Vaya usted con Dios, señora Ramona.

ESCENA IV.

MICAELA, ANSELMO, PEPE, á poco un ESCRIBANO por la puerta de la escalera.

PEPE. (Bajo á Anselmo mientras Micaela se quita el velo y lo coloca sobre una silla.) Pero no le ha dicho usted nada todavia!

ANS. No; tiemblo al tenerle que declarar la verdad!

PEPE. Pues qué tiene eso de particular!

ANS. Es que tú tampoco lo sabes todo.

PEPE. Cómo!...

MIC. Que hablan ustedes bajo?

PEPE. Nada. (Siguen hablando los tres. El Escribano llama á la habitacion del señor Anselmo.)

ESCRIB. Se puede entrar?

ANS. Adelante.

ESCRIB. Señores... la señorita Micaela... hija del baron del Lago...

PEPE. MIC. ¡Del baron del Lago!

ANS. (Dios mio! ya no es posible ocultar por mas tiempo!...) Aquí es.

PEPE. MIC. ¡Qué!

ESCRIB. Está presente?

ANS. Sí, señor!...

ESCRIB. Señora. Vengo á poneros en posesion de las inmensas riquezas de vuestro padre, el baron del Lago; que durante diez y seis años han estado usurpadas en poder de don Ernesto Mendoza. (Micaela y Pepe se miran como no comprendiendo nada. Pepe hace un movimiento al nombre de Ernesto Mendoza.) Haceos cargo del expediente, que dejo en vuestro poder, y que volveré á recoger. (Al señor Anselmo.) Señor Anselmo, os entrego dos mil reales que el Inspector de este distrito puso en poder de los tribuna-

les, y que se ha sentenciado vuelvan á vuestro poder. (Entrega á Anselmo dos billetes.) Señores... (Saluda y váse.)

ESCENA ÚLTIMA.

MICAELA, ANSELMO, PEPE; despues la señora RAMONA.

MIC. Padre?... qué es esto?...

PEPE. (Ernesto Mendoza! El asesino del baron del Lago! Oh! Dios mio! Dios mio! Ya sé toda la verdad! Qué infeliz soy!)

MIC. Conque soy yo baronesa? Conque tenia usted un título y una fortuna y me lo ocultaba?

ANS. Yo! No, hija mia, no!. .

MIC. Que no!... Pues qué es esto!... Pepe llora!... Usted tambien!... Decídmelo pronto! Aun no sé nada... y ya las lágrimas me estan saltando á los ojos!

ANS. Pues bien, hija mia!... Es que!... que! ..

MIC. Por piedad!

ANS. Nada!... Que yo!... que yo!... no!... No puedo, Dios mio! no puedo!

MIC. Oh!

ANS. Que no soy!... que yo no soy tu padre!... (Anselmo no puede contener el llanto.)

MIC. Qué!

ANS. Pero tú me querrás lo mismo! No es verdad! Mira, Micaela, que yo te he cuidado mucho!... mucho!... Que he pasado diez y seis años viéndote!... acariciándote!... y que no tengo en la vida mas esperanza que tu cariño!... Por Dios, Micaela, ya soy muy viejo... muy viejo; quiéreme... y no me dejes!...

MIC. Dejarle! Qué dice usted? me está usted martirizando, padre mio!

ANS. Oh, sí! Llámame así! llámame así!... Creo que me moriré el dia que dejes de llamármelo!...

MIC. Oh! siempre! siempre le llamaré á usted lo mismo. Yo no tengo mas padre que usted!...

ANS. Bendita seas!

MIC. Adónde vas, Pepe?

PEPE. Me voy con mi madre! yo no puedo estar aquí!

MIC. Que no puedes estar aquí! qué quieres decir! Pero ese hombre ha traido á casa la desdicha!...

PEPE. No, Micaela, no! Ha traido tu felicidad! El señor Anselmo no te lo ha dicho todo, y yo voy... Eres hija del baron del Lago! Tu padre murió siendo tú muy niña, y te confió al cuidado del señor Anselmo! Él te ha llamado su hija, creyendo que no se sabria nunca!... Pero el que poseia tus riquezas indebidamente, ha confesado la verdad... (Sofocando los sollozos y sin poder contenerse.) Y nada! eso!! que eres baronesa!... y que te irás á vivir á un palacio!... Y que el pobre Pepe! En fin, eso! Adios!

MIC. Pepe! Yo te mando que te quedes aquí! Padre mio, acabo de comprender el misterio de mi existencia! Mi padre tendrá siempre un santo recuerdo en mi memoria! Pero mi corazon es de usted! Usted me ha conducido desde mi niñez; á usted debo mi educacion, mis sentimientos! Por usted se me mira con cariño, y la hija del señor Anselmo, por ese solo nombre, es respetada y querida de todos!... Esa soy, esa he sido, y esa quiero ser hasta la muerte! La hija del señor Anselmo! No conozco el lujo, no tengo ambiciones, y por lo mismo no echaré de menos esa sociedad que no conozco, y en la cual no creo que habia de ser muy feliz! Renuncio al título de baronesa, y la hija del señor Anselmo entrega á su padre todas sus riquezas, segura de que nadie las podrá emplear con mas provecho, y de que ellas van á labrar la ventura de muchos pobres honrados! Pepe! Yo siempre soy la misma Micaela, y todas mis ambiciones sois mi padre y tú! Ahora si quieres, márchate. (Enjugándose las lágrimas.)

PEPE. Micaela!

ANS. Hija! Hija mia! Oh! Dios te bendiga! Eres un ángel, Micaela! Eres un ángel!

MIC. Oh, padre mio! (Enjugando las lágrimas á Anselmo.)

ANS. Déjalas, déjalas que corran! Si lo necesito! Si es que no puedo! Me ahoga la felicidad, y si no llorara, no sé lo que me pasaria! Oh! estas lágrimas me envanecen de orgullo, ensanchan mi corazon, y me parece que tu padre al mirarnos desde el cielo, aprueba mi conducta y te envia su bendicion! (Despues de una pausita.)

PEPE. Señor Anselmo, usted comprenderá que yo... no puedo!...

ANS. Sé lo que me vas á decir! Espera que yo hable, y despues decidirás. ¿Conoces á Ricardo Sanchez Zurita?

PEPE. Sí! Ibamos juntos á la academia, y eramos los mas aventajados de la clase.

ANS. Pues bien! Despues que se haya restablecido del todo, se marcha á Roma. Va á estudiar; idolatra su arte, y volverá un pintor de fama á honrar la patria que le vió nacer! Quieres acompañarle?

PEPE. Yo?

MIC. Cómo? Padre! separarnos!...

ANS. Si él siente por el arte lo mismo que su condiscípulo... y ademas siente por tí lo que tú por él; marchará lleno de entusiasmo con la esperanza de poseerte, y volverá con un nombre y una posicion independiente, ganada con su talento y con su trabajo! No es eso lo que te falta, y lo que me querias dar á entender hace poco?

PEPE. Sí.

ANS. Pues en tu mano está. Qué importan unos cuantos años de separacion. Ella vivirá á mi lado pensando en tí, y tú trabajarás con entusiasmo pensando en ella! Qué dices?

MIC. Yo?

ANS. (Á Ramona que sale.) Señora Ramona, su hijo de usted se va á estudiar al extranjero! Tiene genio para algo mas de lo que hace! y si la necesidad le hizo abandonar los lienzos por las paredes, justo es que vuelva á los primeros, y que con los encantos del divino arte de la pintura, labre su felicidad y la de sus ancianos padres!

RAM. Pero señor Anselmo, qué dice usted. Donde tengo yo

dinero para eso!... ni cómo podemos quedarnos sin él, cuando vivimos de su jornal?

ANS. Yo le adelantaré lo que necesite, y hasta su vuelta entregaré á sus padres el mismo jornal que él ha ganado siempre. Él contrae gustoso esa deuda y trabajará con fruto para cumplir conmigo. No es verdad?

PEPE. Sí! señor Anselmo!

RAM. Pero quedarnos sin él!

ANS. Ande usted, que es para su bien! Vamos, que ya le gustará á usted oir que su hijo ha ganado un premio en la exposicion, y que todo Madrid se despepita por ver su cuadro.

RAM. Vamos, qué cosas tiene usted... Cuándo será eso?...

ANS. Pronto! Qué sabe usted! Ademas, nosotros tenemos mucho que hacer por aquí, y se nos hará corto el tiempo hasta su vuelta. Yo tengo mucho dinero... mucho!...

RAM. Sí?

ANS. Muchísimo. Y ya ve usted, hay tantos pobres por quienes tenemos que mirar!

RAM. Es verdad que le cayó á usted la loteria? Seis mil duros.

ANS. Eso no vale nada. Lo mismo es eso para mí que un jarro de agua en el estanque del Retiro.

RAM. Qué dice usted! Conque tanto es!...

ANS. Vaya! Mire usted, tengo lo suficiente para hacer un palacio!...

RAM. Un palacio!...

ANS. Sí, señora; para su hijo de usted y para mi Micaela el dia que se casen. Tengo para fundar una escuela! un hospital! todo para los del barrio, se entiende!

RAM. Vamos, señor Anselmo... usted está...

PEPE. Sí, madre, sí, para eso tiene y lo hará...

MIC. Es verdad que piensa usted hacer todo eso!...

ANS. Sí, hijos mios, sí! En qué mejor pueden emplearse las riquezas! La caridad es la virtud de las virtudes! El placer que experimenta el que la ejerce, no es comparable á ninguno! y la bendicion de Dios y de los hom-

bres le acompaña á todas partes!

RAM. Mire usted, señor Anselmo, mire usted! (Indicándole el cuadro de la Vírgen.) Me parece que la Vírgen de la Paloma se sonrie al oirle hablar así!

ANS. Y vosotros continuareis mi obra! No es verdad! Sí hijos mios, sí! Obrad bien! y no olvideis que siempre se encuentra el castigo de las culpas; como tambien la recompensa de las virtudes!

FIN.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 20 *de Octubre de* 1866.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

a cenicienta.
ña.
lel almadreño.
tas.
del vicio.
os de viento.
de Correlargo.
e oro.
el regimiento.
de mi mujer.
ijos.
adres.
el Rey René.
mos.
a de Murillo.
era.
iza de Catana.
esita.
de la vida.
le Garan.
in piloto.
os.
en el campamento, ó
de Africa.
os.
leros de la niebla.
de matrimonio.
le Babel.
iel gallo.
ediencia.
alhaja.
nimada.
dos (refundida.)
.
o.
ni sobrina.
rbano.
Maria
a 1818.
vista de pájaro.
e hojuelas.
le Polonia.
ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer mistoriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
e buena ley.
as feo.
y cuchilladas
a la Gitana.
marte.
Flora.
ndo.
riquita.
santo, ó el Alcalde pro-
,
ual,
ller.
no.
o de una ópera.
ro y la maja.
del hortelano.
y en Marruecos.
n la ratonera.
de carnaval.
o (drama lírico.)
don de la Rioja *(Música.)*
ide de Letorieres.
lo á escape.
a español.
ta.
re feliz.
lo blanco.
al.
o mono.
r vuelo de un pollo.
nto y Valdemoro.
etismo... ¡animal!
de la calle Mayor.
tas del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Viuda de Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	V. de Bartumens.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrio
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierre
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla compañia.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	I. Garcia.
Idem	J. Mariana y San
Valladolid	H. de Rodrigue
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.